"¿Que se parece á tí, me salvaré yo?

—¿Pues qué duda tiene?—replicó la otra tranquilizándola.—Dicen que aunque los pecados de una sean tantos como las arenas de la mar... figúrate tú la cantidad de arenas que habrá en todita la mar...

—¡Oh... si habrá arenas en todita la mar!—repitió Mauricia con voz patética.

—Pues aunque los pecados de una sean más que las arenas, Dios los perdona cuando una se arrepiente de verdad.

—¿Y crees tú que [illegible] también pecado?

—No. Pero tú no tienes malas ideas. Tranquilízate.

—Dios te oiga... [illegible] me arranca el alma de verte desgraciada... con un hombre que no [illegible] es... ¡qué traspaso! [illegible] querida, muérete, y vente conmigo. Verás qué bien vamos á estar las dos allá. ¡Porque te quiero tanto [illegible] Dame un abrazo, hija, y muérete conmigo.

—No lo digas mucho—balbució Fortunata conmovidísima, acariciando á su amiga.—Bien podría ser que me muriera pronto. Para lo que yo hago en este mundo... no sé... valdría más... ¡Ay, que desgraciada soy!

—¡Re...! ¡Bendita sea tu alma! Lo primerito que le pido al Señor, [illegible] es que te mueras.

Las dos se echaron á llorar.

En tanto doña Lupe sostenía una gallarda disputa con Severiana. "Ya lo he dicho y no hay más que hablar. Yo me quedo esta noche para que usted descanse un poco." "Señora, no lo consiento. Hay vecinas que se quieren quedar." —"¡Vecinas!... Avisada está la enferma con las vecinas. Son tan torpes y tan descuidadas. Verá usted cómo [illegible] las medicinas y le [illegible] una por otra." —"¡Oh! no señora, no consiento que usted se [illegible]" "Repito que me quedo, ¡vaya! Si no hay en ello mérito alguno, ni sacrificio. No me cuesta ningún trabajo estar en vela toda la noche. Y además, hija, hay que hacer algo por el prójimo. Cuando se [illegible] aquí tantos ejemplos de caridad cuando se [illegible] Guillermina, que da palmetazos á todas las santas y á todos los ángeles,

gada de lo que hagamos las demás vale tres comino. Yo velaré esta noche, y no tiene usted que agradecérmelo, porque no es molestia para mí. Usted se va á descansar, que bien lo necesita, y enteréme de las medicinas y de las horas á que se le deben dar.„

La viuda de Jáuregui no hacia gran sacrificio, y su determinación estaba calculada con habilidad, pues como [illegible] le dijera que Guillermina pensaba echar un guante al día siguiente para atender á los cuantiosos gastos de la enfermedad de Mauricia, doña Lupe pensó de esta suerte: "Con quedarme á velar, cumplo; y eso del guante no va conmigo, porque en todo el dia de mañana no parezco por aquí, ni [illegible] á parecer hasta que no sean cobrados todos los guantes posibles."

Severiana explicó minuciosamente á la señora cuanto habia que hacer, [illegible] advirtió que la llamase si ocurría algo extraordinario. Otra vecina se quedaba también, [illegible] ayudante. A las [illegible] Fortunata se retiró á su casa con su marido, que fué á buscarla. [illegible] gido del brazo recorrieron el trayecto largo [illegible] que les separaba de su domicilio, hablando de [illegible] y de [illegible], y poniendo muy en duda que doña Lupe resistiese toda la noche sin dormirse, pues era persona que en dando las diez ya estaba haciendo cortesías aunque se encontrase en visita. "¡Como me voy á reir mañana! —dijo Fortunata,— cuando me cuente cómo pasó la noche.„ Los esposos se acostaron, extrañando algo el vacío que en la casa dejaba la ausencia de doña Lupe, pues parecía que sin ella faltaba en aquel hogar el espíritu que lo dirigía y animaba.

3ª

[redacted] la esposa [redacted] á enterarse de la noche toledana que había pasado doña Lupe, y Maximiliano no se opuso á ello. [redacted] las órdenes que había dado la directora de la casa, Fortunata salió con Papitos y [redacted] á la compra, indicándole algunas cosas que debía tomar [redacted] en la plazuela de Lavapiés [redacted] dirigió á la calle de Mira el Río. Encontró á su tía en el cuarto de la comandanta en un estado verdaderamente [redacted], ojerosa, con la cabeza pesada y un humor poco dispuesto á las bromas.

"¡Bien por las valentías!...—le dijo Fortunata.—¿Y qué tal se ha portado la enferma?

—No me [redacted], hija; noche [redacted] no la he pasado en mi vida. No me ha dejado ni siquiera descabezar un sueño de diez minutos. La condenada parecía que lo hacía á propósito y por vengarse de lo muy derecha que la he obligado á andar cuando me corría mantones... Figúrate [redacted] en un puro delirio [redacted] todo el aguardiente que ha bebido en su vida se le subió á la cabeza esta noche. Ya se levantaba, ya se revolvía, echaba las piernazas fuera de la cama, y los brazos como aspas de molino... Luégo [redacted] voces y [redacted]... Ya sabes el diccionario que gasta... Y á lo mejor se quedaba como un gato que acecha, los ojos como ascuas, y hablando bajito, bajito y señalando para la mes[redacted] en que está el altar y la lamparilla, decía: "Mírenlo, mírenlo; allí está." A mí me daba un miedo... Prefería oirla pegar gritos... [redacted] créete que me horripilaba cuando le veía señalar á la luz y al altarito.

4.ª

Doña Lupe empezó á tomar el chocolate que le trajo doña Fuensanta, y á renglón seguido continuó la relación, imitando la voz y la actitud de la delirante.

Y se ponía así: "allí está, mirenlo... el ~~hijo~~ de Sor Natividad... la bribona lo tiene preso... Bribona, más que loba...„ ¿Sabes tú quién es el ~~padre~~ de Sor Natividad? pues la custodia, el Santísimo ~~Sacramento~~... Y seguía: "Ahora voy allá, te cojo, te saco y te echo al pozo...„ ¡Al pozo! ¿has visto? ¡arrojar la custodia al pozo! Mira tú si tendrá malas ideas... Luégo dice que se salva. Como no se salve esa... Me ha dicho Severiana que cuando delira fuerte siempre ~~la coge, porque~~ va á sacar ~~la custodia~~ del Sagrario y ~~echarla al pozo~~. Verás: soltaba una risa que á mí me ~~hacía estremecer de espanto~~, y decía muy callandito: "¡Qué guapo estás con tu cara blanca, con tu cara de hostia dentro del cerco de piedras finas!... ¡Oh, qué guapo estás! No creas que te robo las piedras... Para nada las quiero... Me ~~estás gustando~~... No me digas que no te coja, porque te cojo, aunque me muera y me eches al infierno... Sor Natividad ~~no está ahora aquí para defenderte~~; Sor Natividad te falta, para que lo sepas; te falta con el padre Pintado...„ En fin, hija, que era un horror.

Doña Lupe hizo esfuerzos por atraer hacia su paladar con la lengua y con los rechupidos de sus labios lo que en el fondo del pocillo quedaba, y conseguido esto al fin, acabó ~~la frase~~ "con estos disparates sacrílegos estuve toda la noche en vilo, horripilada y deseando que el día llegara.

—Me lo figuraba—dijo Fortunata, y después le dió cuenta de lo que había dispuesto ~~en la casa~~ y de lo que le indicó á Papitos que comprase.

"¡Ay! Me parece que he estado un ~~mes~~ fuera de mi casa. Me ocurría que no sabríais desenvolveros y que ~~Papitos~~ se declararía en cantón, haciendo lo que le daba la gana. Ahora á casa, que es ~~tarde~~. Ya hemos cumplido. Claro que esto no es ninguna santidad extraordina-

ria, ni ningún caso de heroísmo; pero algo es algo...!

Vieron entonces que Guillermina pasaba en dirección al cuarto de Severiana, y doña Lupe corrió á recibir de su boca augusta los plácemes que merecía.

"¡Oh, qué buena es usted!—le dijo la santa, estrechándole mucho las manos.—Quedarse aquí cuidando á esta pobre... No, no diga usted que esto no vale nada. Vaya si vale. Dejar las comodidades de su casa para velar á la cabecera de una infeliz... ¿Dice usted que no tiene mérito? Pues lo que yo sé es que no lo hacen todas... Dios se lo pagará. Más de agradecer es esto que los donativos que hacen otros... quedándose muy repantigados en sus camas... porque esto es la verdadera caridad que sale del corazón... En fin, veo que la modestia de usted se ofende, amiga mía, y no quiero sacarle á usted los colores á la cara. Gracias, gracias.

Doña Lupe estaba muy satisfecha; mas sospechando que la fundadora iba á sacar el dinero so guante, se despidió con prisa. "Amiga mía, la obligación me llama á mi casa...

—Sí, sí—le dijo Guillermina—La obligación antes que nada. Hasta luégo.

Y llevando aparte á Fortunata en el corredor, le dijo: "Tú te quedarás aquí un ratito; si hay petitorio, no quedaremos nosotras en mal lugar. Le dices que apunte un duro por tí y otro por mí. Es bastante. Bien debe saber que no somos potentadas. No me gustan guantes; pero sé cumplir en todas las circunstancias y no hacer un mal papel. Un duro por tí y otro por mí; no lo olvides. No digas si podemos ó no podemos más. Tú lo sueltas seco, sin achicarte ni engrandecerte; que ella, aunque se le dé un céntimo, siempre da las gracias con la misma [illegible] Vaya... Mentira me parece que no voy á mi casa...

V

Cuando Fortunata, después de un ratito de palique con la comandanta, penetró en la otra casa, vió cosas que la pasmaron. Guillermina, dejando su mantilla y su libro de misa sobre el

sofá, desempeñaba junto á la enferma las obligaciones más penosas del arte de cuidar enfermos, acometiendo con diligente actividad las faenas más repugnantes, como persona que tiene la obligación y la costumbre de hacerlo. Severiana se esforzaba en impedirlo; pero Guillermina no cedía. "Déjeme usted... si á mí esto no me cuesta ningún trabajo... Vaya usted á ver lo que quiere Juan Antonio, que está dando voces hace un rato." La pobre Severiana deseaba tener tres ó cuatro cuerpos para atender á todo. "Hombre, ten consideración. ¿Cómo quieres que deje á la señora en...?" Al ver Fortunata este tráfago y la poca gente que había para tan diversos quehaceres, brindóse gustosa á ayudar. Lo que hacía Guillermina era para imponer á cualquiera. Fortunata no se creía con valor para tanto. Y sin embargo, al ver á la insigne dama aristocrática humillarse de aquel modo, avergonzóse de no tener valor para imitarla, y sacando fuerzas de flaqueza, ofreció su ayuda. Como hija del pueblo, no quería ser menos que la *señora de la grandeza* en aquellos humildes menesteres... "Quite usted allá, por Dios, hija..." —No faltaba más; no lo consiento... de ninguna manera. ¿Es que quiere usted ayudarme? Pues si tan buen deseo tiene usted, barra la sala, que va á venir el médico."

Fortunata cogió la escoba, y no había dado más golpes, cuando entró Severiana, y que quieras que no, se la quitó de las manos. "No faltaba más... señorita. Se va usted á poner perdida..

—Yo no sé cómo usted atiende á tantas cosas.

—¿Quiere usted que la ayude? ¿Quiere que le haga el almuerzo á su marido?

—¿Pero usted?... —dijo Severiana mirándola.

—¿Cree usted que no sé?... La tortilla en la fiambrera, y el pan abierto con la sardina dentro. Si he hecho yo en mi vida más almuerzos de obreros que pelos tengo en la cabeza.

—Hemos encendido la lumbre en la casa de la vecina. Allá está doña Fuensanta; pero va á salir á la compra, y si usted hiciera el favor...

Fortunata no necesitó más y fué á la otra casa, donde encontró á la comandanta muy afanada, porque no era un almuerzo, sino tres los que tenía que preparar, el de Juan Antonio y el de dos obreros más, cuyas respectivas mujeres se habían ido ya para la fábrica, dejándole aquel encargo. "Vayase usted á la compra, doña Fuensanta—le dijo á ésta,—que las tortillas las despacho yo en menos que canta un gallo..." Mucho agradeció esto doña Fuensanta, y poniéndose su toquilla encarnada, quedándose con la bata de tartán y las gruesas zapatillas de orillo, cogió el cesto y el portamonedas y fué á pedir órdenes á Severiana, que estaba en la sala, dentro de una nube de polvo. "Tráigame usted un codillo como el del otro día, para ponerlo en sal... un cuarterón de agujas cortas... tocino no hay en casa... ¡Ah! no olvide las zanahorias, ni el cuarto de gallina... Si trae para usted sesada de carnero, tráigame otra para mí... Oiga, doña Fuensanta, si ve una buena lengua, tráigamela descargada, y la salaremos para las dos...

Salió la viuda del comandante renqueando por aquellas escaleras abajo, y á poco salieron Juan Antonio y los otros dos obreros con sus saquitos de comida en la mano. Fortunata había desempeñado su cometido con tanta presteza como acierto, y mientras se lavaba las manos, dejóse llevar por el vagabundo pensamiento á un orden de ideas que no era nuevo en ella. "Si es lo que á mí gusta, ser obrera, mujer de un trabajador honrado que me quiera... No le des vueltas, Fortunata; pueblo naciste y pueblo serás toda tu vida. La cabra tira al monte, y se te despega el señorío, créetelo, se te despega... Pero todo anda al revés en este mundo conmigo, y yo sería feliz...

Cuando pasó á decir á Severiana que estaba servida, ésta había concluído de limpiar la sala.

Como había tan mal olor en la casa, trajeron una paletada de carbones encendidos, y echando un puñado de espliego, lo pasearon por toda la casa, desde el pasillo hasta la cocina. El zahumerio difundió un grato aroma, y era lástima que no hubieran hecho lo mismo en todo el edificio, en ambos corredores, en los dos patios y en las habitaciones todas, pues bien lo necesitaban. Fortunata fué á ver á Mauricia, á quien encontró muy mal, en un estado de decaimiento y postración muy visible. El médico, que llegó entonces, la examinó detenidamente, y observó hinchazón en las piernas y en el vientre. La paralisis agitante crecía de una manera aterradora. Antes de partir, el médico habló con Guillermina en la sala, diciéndole que aquello no podía menos de acabar mal. Y que á todo tirar, tiraría dos días... Acercábase Fortunata para enterarse de la opinión del médico, cuando vió entrar inesperadamente á una persona cuya presencia le hizo el efecto de una descarga eléctrica.

"Jesús, Jacinta aquí otra vez... yo me voy.

Jacinta, el médico y Guillermina hablaron un momento, y cuando el doctor se despidió, Guillermina, mirando á Fortunata, dijo: "muy malita está hoy, ¿verdad? ¿No la ha encontrado usted muy malita?

Fortunata expresó la afirmativa con los ojos. "Muy malita estaba." Jacinta se sentó en el sofá. "Entraré un momento á verla — dijo á su amiga — ¿Va usted á estar aquí mucho tiempo?

—Tengo que pasar al otro corredor á ver al zapatero... Pobre hombre, no ha querido ir al hospital. Yo no había visto nunca un caso de hidropesía semejante. La barriga de ese infeliz era anoche como un tonel... y ya le han dado tres barrenos; pero el de ayer con tan mala fortuna, que no le sacaron más que medio litro, y dicen que tiene dentro de aquel cuerpo la friolera de dieciseis litros... ¡Qué humanidad, Dios mio!

M.C.D.2020

Fortunata pasó á la sala, y á poco volvió diciendo que Mauricia dormía profundamente. La fundadora hizo entonces una observación humorística. Dirigiéndose á las dos, les dijo: ¿oyen ustedes ese trombón que toca la marcha real?

En efecto, se oía bien clara, aunque lejana, la marcha real tocada con verdadero entusiasmo por Leopardi, que en la repetición le ponía un sin fin de gorjeos, floriturras, y en toda la pieza un lujo escandaloso de mordentes y [illegible] turas.

—Pues ese pobre hombre—añadió [illegible] conteniendo la risa,—desde que se enteró que estoy aquí, se pone á tocar la marcha real. Es la manera de recordarme que le prometí unos pantalones, porque el [illegible] está mejor de pulmones que de ropa. Mira—dijo á Jacinta, cogiéndole un brazo;—en cuanto vayas hoy á tu casa, has de ver si tiene tu marido algunos pantalones que no le sirvan... Puede que no tenga, porque ya hemos hecho tantos escrutinios en su guardarropa.

—No sé, no sé—dijo Jacinta, procurando recordar...—me parece.

—Si no—manifestó prontamente Fortunata, yo traeré unos del mío...

—Dios se lo pagará á usted... porque verdaderamente da compasión ver á ese pobre hombre y en este tiempo, con unos calzones de hilo, de los que traen los soldados de Cuba...

Guillermina salió para ir al almacén de Maderas de la Ronda, y Jacinta la acompañó hasta el corredor. Sentóse Fortunata en el sofá creyendo que las dos se marchaban. Pero la de Santa Cruz, después de hablar con su amiga de

M.C.D.2020

varias cosas, le dijo: "aquí la espero á usted. Llévese usted mi coche, y luégo me recogerá y nos iremos juntas." Entró inmediatamente en el sofá junto á Fortunata.

¡Irse á su lado! No conocerle en la cara que las dos no podian estar juntas en parte alguna!... Esto pensaba la señora de Rubín, que sintió deseos de marcharse, y luégo vergüenza y miedo de hacerlo. Si le hablaba, no tendría más remedio que contestarle. "Pues si yo le dijera quién soy, la haría temblar. Veríamos entonces quién temblaba más.

Jacinta la miró. Ya el día anterior le había llamado la atención aquella hermosura tan expresiva. Y cuando sus ojos se encontraban con el rayo de aquellos ojos negros, sentía una impresión cual una de esos presentimientos indefinidos que son, no como el contacto de un objeto, sino como la sensación del aire que hace el objeto al pasar rápidamente.

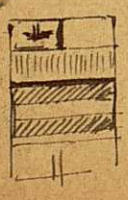
"Según ha dicho el médico—indicó decidida á entablar conversación—la pobre Mauricia no saldrá de ésta.

—No saldrá la pobre—opinó Fortunata algo cortada, porque le asaltaba la idea de que su lenguaje no sería bastante fino.

—Si sigue así, traeré esta tarde á la niña, para que la vea... De todos modos, debo traerla ¿no le parece á usted?

—Sí, tráigala usted.

Jacinta sabía que aquella desconocida era casada, porque había ofrecido á unos pantalones de su marido. Hízole, pues, la pregunta que ingénuamente se le salía siempre de los labios cuando se encontraba delante de una casada: "¿Tiene usted niños?



—No señora—replicó Fortunata con alguna sequedad.

—Yo tampoco. Esa es mi pena. Hace cuatro años que me casé y... Pero me gustan tanto los niños, que tengo verdadera manía por ellos, y los ajenos me parece que deberían ser míos... y, créalo usted, no tendría escrúpulo de conciencia en robar uno si pudiera...

—Pues yo también, si pudiera...—expresó Fortunata, que no quería ser menos que su rival en aquello tratado de los hijos—crea usted eso.

—¿Pero es que se le han muerto á usted, ó que no los ha tenido?

—Tuve uno, si señora... va para cuatro años...

—¿Y en cuatro años no ha tenido usted más que uno? ¿Cuánto tiempo lleva usted de matrimonio?

—¿Yo?...—murmuró Fortunata vacilando.—Cinco años. Yo me casé antes que usted...

—Antes que yo.

—Sí, sí señora... pues decía que tuve un niño y se me murió, si señora, y si viviera ahora, le digo á usted que...

Como advirtiera Jacinta en los ojos de su interlocutora una expresión singularísima, sospechó si aquella mujer padecería alguna enagenación mental. Su tono y su mirar eran muy extraños, impropios del lugar y de la sosegada conversación que ambas sostenían. "Á esta mujer hay que dejarla—pensó Jacinta;—me callaré."

Estuvieron un rato callados mirando al suelo. Jacinta no pensaba en nada importante; Fortunata sí, porque por dentro le pasó toda su historia como envuelta en una nube de fuego. Se le vinieron á la boca palabras duras para increpar á aquella niña horrible que le había quitado lo suyo. ¿Pues no era esto una gran injusticia? Los agravios se le revolvían en el seno saliéndole á los labios en esa forma descompuesta y grosera de las hijas del

pueblo, sin educación. "¡La cojo y la...!—decía clavándose las uñas en sus propios brazos.—¿Que es un ángel? Pues que lo sea... ¿Que es una santa? ¿Y á mí qué?..." Pero de los labios para fuera nada... "¡Qué cobarde soy! Con una palabra la haré ~~temblar~~, y me tendrá un miedo tan grande que no le dará ganas de volverme á hacer preguntas..."

En esto ~~llamaba~~, impaciente porque no venía Guillermina, salió un ~~momento~~ al corredor. Al verse sola ~~Fortunata~~ creyó sentirse con más valor para dar un escándalo... Toda la ~~energía~~, toda la pasión fogosa de mujer del pueblo, ~~vehemente~~, sincera, ineducada, hervía en su alma, y una ~~fuerza~~ increible la impulsaba á mostrarse tal como realmente era, sin disimulo hipócrita. "¿Si no volverá?..."—se dijo mirando al corredor, y al decir esto su ~~fisonomía~~ ~~reaccionaba~~, penetrándose del sentido ~~natural~~ de las cosas... "Ella es una mujer de mérito y yo he sido una perdida... Pero yo tengo razón, y perdida ó no, la justicia está de mi parte... porque yo sería como ella si estuviera en su lugar... y ella sería como yo si estuviera en el mio..."

En esto vió que ~~Jacinta~~ volvía... Verla y cegarse fué todo uno. No podia darse cuenta de lo que le pasó. Obedecía á una ~~fuerza~~ superior á su voluntad, cuando se lanzó hacia ella con la rapidéz y el salto de un perro de presa. Juntáronse chocando en mitad del angosto pasillo. ~~Fortunata~~ le clavó sus dedos en los brazos, y Jacinta la miró aterrada, como quien ~~es mirado por~~ una fiera... Entonces vió una sonrisa de brutal ironía en los labios de la desconocida, y oyó una voz asesina que le dijo claramente: "Soy Fortunata."

Jacinta se quedó sin habla... después lanzó un ¡ay! agudísimo, como la persona que recibe la picada de una víbora. En tanto Fortunata movia la cabeza afirmativamente, repitiendo: "Soy... soy... soy la..." Pero tan sofocada esta-

M.C.D.2020

13

ba, que no articuló las últimas palabras. [illegible] bajó los ojos, y dando un tirón se soltó. Quiso decir algo, no pudo. La otra se apartó, echando llamas de sus ojos, y andando hacia atrás siguió diciendo, sin que las palabras [illegible] articularse: "Te cojo y te revuelco... porque si yo estuviera donde tú estás, sería..." Aquí recobró el aliento, y [illegible]: "¡Mejor que tú, mejor que tú...!"

[illegible] recobró primero la serenidad, y entrando [illegible] en la sala, [illegible] en el sofá. Su actitud revelaba [illegible] inocencia. Era la agredida, y [illegible] no sólo serenarse más pronto, sino responder con [illegible] desdén soberano y aun con el perdón mismo. La otra sintió, por el contrario, [illegible] peso dentro de sí; ¡ay, su acción descompuesta y violenta le gravitó en el alma como si la casa se le hubiera desplomado encima! No tuvo ánimo para entrar también: [illegible] de pensar lo que diría Severiana si se enteraba; pues ¿y doña Guillermina?... Refugióse en el cuarto de la comandanta, donde había dejado su velo y su manto. La cobardía que sintió impulsábala á [illegible]... Huir, sí, y no volver á poner los piés en aquella casa ni en parte alguna donde pudiera tener tales encuentros... Salió, sin hacer ruído, deslizándose, y al pasar frente á la puerta, miró y la vió adentro, tan tranquila. Desde fuera la veía de perfil, y Jacinta no la veía á ella. Bajó y se puso en la calle. Acordóse de una de las principales recomendaciones que le había hecho Feijóo: "No descomponerse nunca." Pues bien se había descompuesto aquel día... "Pero verdaderamente—pensó, queriendo serenarse.—Yo ¿qué le he hecho? nada... Unicamente decirle quién soy, para que me conozca..."

La Delfina

y resoplidos de su pecho,

llegaran á

pudo decir:

La de Santa Cruz

volvió á ponerse

tanta dignidad como

podía

á la ofensa

tremendo

brutal

tembló

manguito.

correr hacia la calle.

allá

ándose

al extremo del largo pasillo, que parecía un anteojo. La veía

tratando de

a

la mano en la mejilla, muy pensativa,

¡Cosa extraña! le entraron ganas de esperar á verla salir. Púsose de centinela en la calle del Bastero, y cinco minutos después llegó la fundadora y entró en la casa. "Han de subir por la calle de Toledo—pensó Fortunata;—desde allí les veré sin que me vean. Siguió á la calle de Toledo, y puso en acecho en la acera de enfrente, junto á la puerta de una taberna. Pasó un cuarto de hora, y la berlina con las damas estaba en la calle de Toledo. "Hablan de mí, y le está contando como pasó el lance... me imita, remedando mi movimiento, cuando la cogí por los brazos... ¿Qué dirán, Dios mío, qué dirán? Me parece oirlas... Que soy una loca, y que me debían mandar á presidio.

VI

Cuando subía la escalera de su casa, se iniciaba en la conciencia de Fortunata una reprobación tímida de lo que había hecho. "...Hubiera sido mucho mejor—pensó deteniendo el paso y tardando un minuto de escalón á escalón,—decirle aquello *yo soy Fortunata*, con calma, reparando bien qué cara ponía ella al oirlo, y luégo quedarme muy serena, esperando á ver por dónde salía, y echarle tres ó cuatro palabras, diciéndole que yo también soy honrada y que su marido es un tunante... á ver qué cara ponía.

Al entrar en la casa, halló á doña Lupe muy incomodada con Papitos, sobre cuya inocente cabeza descargaba el mal humor que la noche en vela le produjo. Cuanto se había hecho en su ausencia le parecía mal, y se dejaba decir que ni tan siquiera para una obra de caridad podía salir de casa, porque en cuanto volvía las espaldas [illegible] Fortunata comprendió que también quería pendenciar con ella; mas no tenía ganas de reñir y dejaba sin contestación sus dicterios... Mira que es mandar traer esta babilla y esta falda que no sirve para nada. Tienes la cabeza llena de viento. Nada, en cuanto yo me descuido, ya no se da aquí un paso que no sea un disparate.

Fortunata empezaba á sentirse mal. Tenía escalofríos, dolor de cabeza y ganas de bostezar á cada momento. Conocióle doña Lupe en la cara la desazón, y le preguntó con gran interés: "¿Tienes ascos, mareos...?

—No sé lo que tengo—dijo Fortunata; pero me acostaría de buena gana.

Doña Lupe ~~la miraba con interés, sospechando~~ que aquellos síntomas ~~pudieran ser~~ anunció ~~de~~ probable reproducción del tipo de Rubín en la especie humana; pero bien sabía ~~Fortunata~~ que no era nada de esto, y sin ~~[illegible]~~ explicaciones ~~se echó~~ bien envuelta en una manta en el sofá de su cuarto. ~~Doña Lupe la dejó sola, volviendo á la cocina~~. Después que se le aplacó el frío ~~y cesaron de castañetear los dientes, Fortunata~~ sintió una somnolencia que la llevó á un delirio tranquilo, ~~viendo~~ en su mente ~~reproducida~~ la escena ~~que en casa de Severiana había ocurrido, y repitiéndola~~ con varias adiciones de importancia. ¿Eran éstas algo que con la prisa no pudo decir, pero que debió haber dicho, ó eran simplemente desvaríos de su cerebro encendido por la calentura?... "¡Si creerá esta señora que no hay en el mundo más mujeres honradas que ella!... Que se le quite á usted eso de la cabeza. ¡Vaya con el modelo!... A buena parte ~~tiene usted~~. ¿Sabe usted, ~~señora~~, que como ~~yo me ponga á ella~~, le doy á usted honradéz y virtudes hasta que no quiera más? Porque eso es cuestión de ~~[illegible]~~ ~~á ella~~... Sí, y si me atufo no hay quien me ~~gana~~. ¿Pues qué cree usted, que á mí me costaría trabajo cuidar enfermos y dármelas de muy católica? Pues si me da la gana me pondré el mejor día á cuidar y limpiar y revolver los enfermos más podridos, y me vestiré una saya, y recogeré niños que no tengan padres, ~~[illegible]~~ de eso y de mucho más soy yo capáz... ~~Sí, señora modelo, usted está muy mimadita, es rica y hace muchas limosnas. ¡Vaya un mérito!~~ ¡Y ángel me soy! Pues para que ~~usted~~ lo sepa, también yo, si ~~se me pone en la cabeza~~ ser ángel, lo seré, y más que usted, mucho más. Todas tenemos nuestro ángel en el cuerpo...

Después de esto, tornó á ver con claridad las cosas, y dejando vagar sus miradas por la habitación solitaria y semioscura, pensaba en lo mismo, pero apreciando mejor la realidad de las cosas. En aquella meditación, lo que desco-

M.C.D.2020

llaba después de vueltas mil, era un vivo deseo de ser no sólo igual, sino superior á la otra. El cómo era lo difícil. "Porque lo primero que tengo que hacer es querer á mi marido, y portarme bien para que se olviden las ~~cosas malas~~ que he hecho... Yo he sido ~~mala, muy mala~~, ella no... Ya se ve, ¡como es tan sosa! Si ~~á mí~~ me hubieran casado con el hombre que quiero y me hubieran puesto en una familia bien acomodada y decente... lo que yo digo, Señor, Dios mío, ponla á ella en mi lugar, y veremos entonces...

El pensamiento, recorriendo todas las caras del tema, iba de las cosas más sutiles á las más groseras. "Me tengo que hacer una falda enteramente igual á la que llevaba ella... lo mismito, con aquel tableado, y si encontrara tela igual... La verdad es que tiene un aire de señorío y de... de... ¿de qué? de majestad sí... ¡Bah! esto es idea, idea nada más de los que la miran, porque con aquello de que es ángel... A saber si lo es realmente, que las apariencias engañan...

Sacóla de esta ~~abstracción~~ doña Lupe, que entró ~~corto á paso~~, y le dijo que era preciso tomara algo ~~siquiera un sopicaldo~~. Negóse Fortunata á ~~tomar lo que su tía le propuso~~, y dijo que lo único que apetecía era una naranja para chuparla. "Antojitos ya..." —murmuró doña Lupe sonriendo, y mandó á Papitos á buscar la naranja.

Mientras la chupaba, ~~de otra vez estaba sola~~ más á oscuras, mientras la chupaba, digo, haciéndole un agujerito y apretándola como aprietan los chicos la teta, le pasó por el cerebro otra ráfaga de aquel furor que determinó el acto de la mañana: "Tu marido es mío y te lo tengo que quitar... ~~tonuata~~... hipócritona... ya te diré yo si eres ángel ó lo que eres... Tu marido es mío; me lo has robado... como se puede robar un pañuelo. Dios es testigo, y si no pregúntale... Ahora mismo lo sueltas ó verás, verás quién soy...

M.C.D.2020

Unique

17

Quedóse dormida, ~~y desprendida de sus manos cayó al suelo~~ la naranja. Despertó al sentir ~~una mano~~ sobre su frente ~~otra~~ la mano de su amante esposo que había subido á comer, y ~~sabedor~~ de que estaba indispuesta, se asustó mucho. Doña Lupe quiso hacerle concebir esperanzas de sucesión; pero él ~~no parecía muy crédulo en esto, y~~ moviendo la cabeza con expresión escéptica entró ~~[illegible] parecióle que tenía la cara muy arrebatada, y le puso la mano en la frente.~~

"Hija de mi vida, ¿qué tienes?

Al oir esta terneza y al ver delante la figura de Maxi, Fortunata sintió fuerte sacudida en su interior. Como una neurosis constitutiva de esas que se manifiestan de repente, cuando menos se las espera, así se ~~manifestó~~ en el alma de ~~Fortunata~~, de golpe, y á manera de explosión de pólvora, la aversión que su marido le había inspirado en otro tiempo. Lo primero que ~~[illegible]~~ se ~~le ocurrió~~ pensó cómo había ~~[illegible]~~ tan de repente ~~[illegible]~~ que ella creía ~~[illegible]~~ ó al menos ~~corregido~~. Le miraba, y mientras más le miraba, peor... Se volvió del otro lado ~~[illegible]~~ respond~~[illegible]~~: "Nada."

—¿Sabes lo que dice la tía?... oye...

La opinión de la tía aumentaba la ~~aversión~~ de ~~Fortunata~~ y el vivo deseo de perder de vista á su marido. Cerrando los ojos, invocó á Dios y á la Virgen, de quien esperaba auxilio para poder ~~corregirse~~ de aquella ~~[illegible]~~ antipatía; pero ni por esas... "Si no le puedo ver; si me iría al fin del mundo por no verle... ¡Y yo creí que le iba tomando cariño! ~~[illegible]~~... Ni sé yo en qué estaba pensando Feijóo... Tonto él, y yo más tonta en hacerle caso..."

Maxi ~~le~~ tomó el pulso ~~y~~ echó por aquella boca una retahila de ~~conceptos~~ de medicina, concluyendo por decir: "Subiré esta noche un antiespasmódico, jarabe de azahar con bromuro, y quizás, quizás unas pildoritas de sulfato de quinina. Hay fiebre, aunque poca. Principio de un fuerte catarro. Tú te has enfriado en

dejando caer al suelo

enterado

y desconsolada,

en la alcoba y le palpó la frente á su mujer

presentó

la joven,

retoñado

seca y muerta

ó fué

iendo con sequedad:

la infame planta del odio

moribunda

malquerencia

la sobrina

insana

curarse

Buen cariño nos dé Dios.

, al

arte

frases

aquella maldita casa de corredor... ó te habrás atufado con algún brasero.„

Fortunata pensó que, en efecto, se había atufado, pero no con brasero. Cediendo á los ruegos de su marido y de doña Lupe, se acostó, y á prima noche estaba más tranquila, desvelada, sin ningún apetito, oyendo con desagrado el ruido de los platos y cucharas que del comedor venía á la hora de cenar. Nicolás hablaba por los codos. "Mejor es que no tomes nada, si no tienes gana—le dijo Maxi, que entró mascando el postre y con un higo pasado en la mano.—Mañana estarás bien; eso no es nada. Pero por si acaso, no bajaré esta noche á la botica y te acompañaré.„ La peor de las medicinas era ésta para Fortunata, que gustaba de estar sola, entretenida con sus pensamientos. Trató de dormir; su marido le ató fuertemente un pañuelo á la cabeza, y después se sentó junto á la cama. Después de un breve sueño, Fortunata vió la escueta figura dando vueltas por la habitación. Tan pronto miraba su persona como su sombra corriendo por la pared, larga, angulosa, doblándose en las esquinas del muro. "¡Ah!... Jacinta, yo te quisiera ver casada con éste... Entonces me reiría, me estaría riendo tres años seguidos.„

Maximiliano se desnudaba para acostarse. Al quitarse el chaleco, salían de las bocamangas los hombros como alones de un ave flaca que no tiene nada que comer. Luégo los pantalones echaron de sí aquellas piernas como bastones que se desenfundan. No hacía ningún movimiento sin exhalar un ¡ay! apagado. Todas sus articulaciones funcionaban con trabajo, cual si estuvieran mohosas, y el pelo se le había hecho tan ralo, que su cabeza ofrecía una de esas calvas sin dignidad que suelen verse en hombres jóvenes y de sangre. Al meterse en la cama y estirar los huesos, exhalaba un ¡ah! que no se sabía si era de dolor ó de gusto. Fortunata, fingiendo dormir, se volvió para el otro lado y se dormía de veras.

á media noche

19

abrió los ojos.

Á la madrugada despertó. La alcoba estaba en completa oscuridad. Oyó la respiración de su marido, áspera á ratos, á ratos silbante y con diversos flauteados, como si el aire encontrase en aquel pecho obstrucciones gelatinosas y lengüetas metá. Incorporóse la esposa, cediendo á un movimiento interior cuyo impulso se determinó cuando estaba dormida. Lo que pensaba entonces era por demás peregrino. El disparate que se le había ocurrido, porque disparate era y de los gordos, fué que debía echarse muy despacito fuera del lecho buscar á tientas su ropa, ponérsela... ir hacia la percha, coger su bata y ponérsela. El mantón, ¿dónde estaba? No lo recordaba; pero lo buscaría, á tientas también y poniéndoselo, saldría de la alcoba, cogería el llavín que estaba colgado de un clavo en el recibimiento, y ¡aire!... ¡á la calle! La idea de la evasión pasó un rato en su mente, sin que pudiera entender cómo había venido semejante idea. En el bolsillo de la bata tenía medio duro, una peseta, y algunos cuartos, la vuelta del duro que dió á Papitos para que le trajera... no recordaba qué. Pues con aquel dinero tenía bastante. ¿Para qué más? ¿Y á dónde iría? Á una casa de huéspedes. No... á casa de D. Evaristo... No, porque D. Evaristo la reñiría. Esta idea de que la reñiría fué el golpe que la despertó, porque el propósito de evasión era un sueño. "¿Estoy despierta ó dormida?"—se preguntó al reconocer su desatino y quedóse un rato sentada en la cama, con la mano en la mejilla. El pañuelo se le había desatado de la cabeza, y deshecho el peinado, sus guedejas la caían sobre los hombros. "¡Qué marido este!—pensó—, recogiéndose el cabello,—¡ni atar un pañuelo sabe!" Después creyó ver ojos que en aquella profunda oscuridad la miraban. "Debo de estar soñando todavía—pensó.—¿Qué me miras tú?... ¿Que estoy guapa? Ya lo creo. Más que tu mujer."

álicas

Fortunata,

inicial

vestirse

pudo

Mariano

una vez hallado

estuvo flameando un rato sobre sus sesos, como una luz de alcohol,

se había encendido

su padrino

la idea de la fuga

le aclaró el sentido,

rastra del

caba

espesas

uba

que dices?

Y se volvió á acostar. Maximiliano, al revolverse, le dió un encontronazo con un homoplato. "¡Ay! me ha hecho ver las estrellas„—dijo para sí Fortunata, recogiéndose más en su lado.

"¿Duermes, vidita?—dijo el otro despertándose y masculando luégo como si tuviera una pastilla en la boca.

Pero sin oir la respuesta, se volvió á dormir.

VII

Al día siguiente Fortunata se sentía mejor. ~~Se levantó aunque algo tarde.~~ Aún estaba en la cama cuando su marido, después de dar una vuelta por la botica, subió á verla. "¿Qué tal? —le dijo inclinándose sobre ella y besándola en la frente.—Te puedes levantar. El día está bueno.

~~Fortunata respondió cualquier vulgaridad~~, tapándose disimuladamente con la sábana la boca y nariz, porque el aliento de su marido era aquel día peor que de ordinario.

—Mira; yo tengo menos salud que tú, y me quejo menos. Siento tal debilidad que á veces me cuesta trabajo movèr un dedo. Todos los huesos me duelen, y la cabeza la siento á veces como si estuviera vacía, sin sesos... Fuera de los huesos no me duele nada, ni aun la cabeza, y esto es mala señal, porque las jaquecas son un puntal de la vida. Yo no sé lo que me pasa. A ratos me distraigo, me entra como un olvido, me quedo lelo sin saber dónde estoy ni lo que hago... Pues digo, ¿y cuándo pierdo la memoria y se me va de ella lo que más sé?... Tú estarás buena mañana; pero yo no sé á dónde voy á parar con estas cosas. Dice Ballester que tome mucho hierro, pero mucho hierro, y que esto es falta de glóbulos en la sangre, y así debe de ser... Esta máquina mía nunca ha sido muy famosa, y ahora está que no vale dos cuartos...

Fortunata le miraba y sentía una lástima profunda. Quizás aquella lástima renovaba el cariño que había empezado á tomarle... quizás. Pero no estaba muy segura de esto, y y cuando Juanito se marchó, pensaba que si el cariño no se renovaba, debía hacer ella esfuerzos colosales por conseguirlo.

Poco después, hallándose en el gabinete sentada junto al balcón por donde entraba poco de sol, sintió en los pasillos ruido de voces

21

ces que al pronto no se podía saber si eran de alegría ó de ira. Se asustó un poco, y al poco rato hé aquí que entra en el gabinete Nicolás haciendo aspavientos de júbilo, el rostro encendido, los ojos chispeantes, y llegándose á Fortunato le dió un fuerte abrazo:

"Dénme todos la enhorabuena... Ya... al fin... No ha sido favor, sino justicia. Sin embargo, estoy muy agradecido á las personas que...

—Me alegro—dijo doña Lupe, que después de haber recibido el estrujón en el pasillo, entraba tras él, radiante de dicha, porque se le quitaba de encima aquella fiera boca.—¿Y de dónde?

—De Orihuela—replicó Nicolás frotándose las manos.—Mala catedral; pero ya verémos si sale una permuta.

—Canónigo te vean mis ojos, que Papá como tenerlo en la mano.

Pero ni tuvo tiempo de asustarse porque vió ar

gozo

á

os

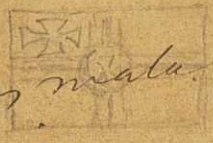
Su cuñada

Pero

¡Gracias á Dios! Ya tenemos á Periquito hecho fraile.

Fia

el clérigo



es mas mala q arrancada
Cos

Una revidora
siempre. D. Garcia
un gato muerto de fria
vida un soplo
Chaleco / en
varias dias
ay molido
cebemin

432 = 16
×5
487 - 18
55
542 - 20
55
577 - 22
55
652 - 24

—¡Cuánto me alegro! —dijo Fortunata por decir algo, y miró á la calle al través de los cristales, porque temió que le leyeran en la cara los pensamientos que le sugería de su cuñado le sugerían.

"¡Lo que es el mundo y la sociedad! —pensaba.—Razón tenía D. Evaristo. Hay dos sociedades, la que se ve y la que está escondida. Si no hubiera sido por mi maldad, ¡cuándo hubiera sido canónigo este tonto de capirote, ordinario y hediondo! ¡Y él tan satisfecho!

—Me voy mañana mismo á que me den la colación... Pero antes convido á todo el mundo. Juan Pablo no lo sabe todavía. ¡Que rabie!... Ayer me apostaba que no me la darían. Ese Villalonga es una gran persona, y Feijóo era gran persona, y el Ministro también... ¿Sabeis quién me dió la noticia? Pues Leopoldo Montes, que está ahora en Gracia y Justicia. Corrí allá, y cuando el jefe del personal de catedrales me dijo que eran ciertos los toros, creí que me daba un desmayo. La credencial estaba allí, y no me la habían mandado por no saber mis señas... Lo repito, convido á todo el mundo... á lo que quieran... y convido á las de Torquemada, á Ballester... á doña Casta y sus hijas...

—Para, hijo, para—dijo doña Lupe abanicándose,—que para esas convidadas no te va á bastar el sueldo de un año; y si piensas que yo cargo con el mochuelo de los gastos, te equivocas...

Nicolás se calmó luégo, tomando el tono que cuadra á un sacerdote y que sabía cuando nadie cuando se descompone la ira ó el contento. "Nada, yo estoy satisfecho, y aunque creo que me lo merezco por mis estudios y por los servicios que he prestado en el confesonario y en la cura de almas, no he de tomar orgullo; y desde ahora lo digo, me he de llevar bien con mis compañeros de cabildo. A mí me gusta la paz y la buena armonía. Una vida, mi misita por las mañanas, mi coro mañana y tarde, mi altar mayor cuando me toque, mi paseito por las tardes, y á vivir.

Cuando se sentaron en la mesa para almorzar, Fortunata no podia alejar de sí este pensamiento: "Si fué un bien que me hizo, estúpido, ya te lo he pagado y no te debo nada.„

"Yo tengo que ir al Monte—le dijo más tarde doña Lupe,—que hoy empiezan las subastas. Ten cuidado con Papitos, que estos dias anda muy salida. Tú la echas á perder con tus benevolencias. Date una vuelta por la cocina y mira lo que hace. Hazle que ponga el bacalao de remojo ó ponlo tú. Y que cuando yo venga esté lavada toda la ropa. Si no, [illegible] Volveré tarde, porque después [illegible] habré ido á casa de Torquemada.

Quedóse sola Fortunata con la chiquilla; pero no pudo echar un párrafo con ella en la cocina, como era su deseo, porque toda la tarde estuvieron entrando visitas. Primero fué doña Casta Moreno, viuda de Samaniego, con sus hijas, dos señoritas muy bien educadas ó que se lo creian ellas. La mamá era de la misma familia de los Morenos, que en el primer tercio del siglo se dividieron en dos grandes ramas, los Morenos ricos y los Morenos pobres; pero habiendo nacido en la primera de estas ramas, vino á parar á la segunda. Casó con Samaniego, hombre de bien y muy entendido en Farmacia, pero que no supo hacer fortuna. Por los Trujillos, tenía doña Casta parentesco remoto con Barbarita; pero habiendo sido muy amigas en la niñéz, apenas se trataban, porque la fortuna y las vicisitudes de la vida las habian alejado considerablemente una de otra. Sus relaciones eran indefinidas. A veces se veian y se saludaban; á veces no. Les pasaba lo que á muchas personas que se han tratado en la infancia y que después están años y más años sin verse, y que cuando se encuentran dudan si hablarse ó no, y al fin no se hablan, porque ninguna se decide á ser la primera.

Más cercano y claro era el parentesco de doña Casta con Moreno Isla, el cual, á pesar de ser *Moreno rico*, mantenia una débil relacion de familia con aquella *Moreno pobre*, visitándola

M.C.D.2020

~~dos ó tres veces cada año.~~ Se tuteaban por resabio de la niñéz; pero sus relaciones eran frías, lo absolutamente preciso para salvar el principio del ~~parentesco~~. La rama de los Moreno Isla establecía además ~~afinidad~~ entre doña Casta y Guillermina Pacheco; pero este parentesco era ya de los que no coge un galgo. Guillermina y la viuda de Samaniego no se habían tratado nunca.

Jactábase doña Casta de haber educado muy bien á sus dos hijas. La mayor, Aurora, ~~tenía disposición para todo. En cuestiones de~~ ropa blanca, no había quien la pusiera el pie adelante. Habría dirigido un establecimiento de esta clase mejor que muchos hombres, porque además sabía de cuentas, y poseía el secreto del método y otras ~~muchas~~ prendas de mujer organizadora. La segunda, Olimpia, ~~tiraba por las artes. En otra posición social, habría sido pintora de platos ó abanicos.~~ Había estado asistiendo al Conservatorio siete años seguidos, y obtenido muchos premios de piano. La mamá quería que fuese profesora, y para demostrarlo en los exámenes y obtener buena nota, la hacía estudiar una pieza, á la cual ~~estaba dale que dale todos los días y todos los meses.~~ Un profesor particular la hacía vencer las dificultades, y por fin la pieza salía, y por ella le darían premio y título de profesora. Doña Casta quería que sus niñas tuvieran un medio de ganarse la vida si se viesen en el duro caso de vivir de su trabajo. Una y otra habían tenido muchos novios, pero lo que es á casarse no habían tocado todavía.

M.C.D.2020

Fortunata era esta gente muy antipática. Sospechaba y temía que se burlaban de ella, por su falta de educación, y que la estimaban en poco, sabedoras de su pasado. Por esto se hallaba siempre tan cohibida en presencia de doña Casta; y todo lo que madre é hijas decían se le figuraba intencionado y de doble sentido. Reconocía que le eran las tres muy superiores por la educación y el acertado empleo de palabras finas, y muchas veces quedaba Fortunata á oscuras de lo que hablaban, y asentía con movimientos de cabeza. Siempre era de la opinión de ellas, pues aun cuando pensaba de distinta manera, no sabía cómo expresar su disentimiento. Aquella tarde, por causa de su situación de espíritu, Fortunata estaba más cohibida que nunca y deseaba que se marchasen. Pero desgraciadamente nunca estuvo doña Casta más habladora. Sentía mucho no encontrar á Lupe, pues deseaba comunicarle noticias de la mayor trascendencia. Aurora iba á ponerse al frente de un gran establecimiento de ropa blanca, montado á estilo de los mejores que hay en París y Londres, un establecimiento donde se harían *trousseaux* y canastillas de bautizos para gente rica, y donde se vendería lo más exquisito en género de punto y novedades que hasta ahora no se habían visto en Madrid.

Fortunata hacía esfuerzos por disimular el aburrimiento que esto le causaba, y á las observaciones de doña Casta respondía con exclamaciones de pasmo y asentimiento. "Mi hija—añadió la viuda de Samaniego,—estará encargada de la dirección de la ropa de señoras, y tendrá sueldo y participación en los beneficios. El dueño de este gran establecimiento, que tanto ha de llamar la atención, es Pepe Samaniego, á quien ha facilitado el dinero para montarlo mi *primo* D. Manuel Moreno Isla, que es el hombre más bueno y más generoso del mundo, y con un capital... ¡qué capital! Y vea us-

ted, es soltero... y se pasa la vida en Londres aburriéndose... Ya ve usted podría haber hecho feliz á una joven, de las muchas que hay en la familia... Todavía, quién sabe... Manolo no tiene arriba de cuarenta y cinco años... Siempre que viene á verme, le ofrezco un *espich*, como él dice, por su repugnancia á entrar en la orden de San Marcos... Él se ríe, se ríe...

—¿Pero qué me importarán á mí todas estas cosas?—pensaba Fortunata, que ya no podía sostener más tiempo el papel, ni sabía de dónde sacar los monosílabos y las sonrisas forzosas con que contestaba á doña Lupe.

Por fin quiso Dios misericordioso que ésta se marchara; pero no habían pasado diez minutos cuando entró don Evaristo con su criado, que le llevaba cogido por el brazo derecho, y Fortunata le condujo hasta la sala, en una de cuyas butacas se sentó pausadamente.

"¿Doña Lupe...?

—No hay nadie—dijo ella, lo cual significaba: estoy sola, puede usted hablar con libertad.

—¡Ah! sola... ¿y qué tal...? Me dijeron que estabas... que estaba usted algo mala...

Fortunata, después de decirle que su enfermedad no había sido nada, se sentó junto á él, haciendo propósito de contarle la verdadera dolencia que sufría, que era puramente moral, su desmayo irresistible en su voluntad, una gran falta de fuerza para seguir sosteniendo aquel papel de mujer virtuosa, sin omitir la aversión que hacia su marido sentía. Pensaba preguntar á su sabio amigo y maestro, porqué todo aquel desorden se había manifestado á consecuencia de las breves palabras que cruzó con Jacinta. ¿Qué relación tenía aquella mujer con su conducta y con sus sentimientos? Sobre esto le diría algo sustancioso aquel conocedor del corazón humano y

del mundo, porque ella se devanaba los sesos y no podía dar con la razón de que Jacinta le trastornase su espíritu. Si era ángel, ¿por qué le hacía mala? ¿Por qué era con ella lo que es el demonio con las criaturas, que las tienta y las inspira el mal? Luego no era ángel. Otro punto oscuro quería consultarle, y era que ella sentía deseos vivísimos de parecerse á aquella mujer, y ser si no mejor, lo mismo que ella. Luego Jacinta no era demonio.

Lo difícil para Fortunata era explicar bien esto de modo que Feijóo lo entendiese, porque ya se sabe que no se daba buena mano para hacer y emplear las palabras que en el lenguaje corriente sirven para expresar las cosas espirituales y enrevesadas.

VIII

Lo peor del caso fué que aún no había empezado la consulta cuando entró doña Lupe, quien invitó al Sr. de Feijóo á tomar chocolate. No se hizo de rogar el buen amigo de la familia, y la misma viuda de Jáuregui se lo sirvió. Mientras lo tomaba hablaron de Juan Pablo y de lo desconcertado que andaba por causa de la ambición no satisfecha y de su existencia indecisa, errante y soñadora. "Ahora le da por la anarquía y por el amor libre. Yo le digo que si le consiguiéramos un gobierno de provincia, se le quitarían todas esas telarañas que él mismo se teje en su cerebro. ¡Hechuras de muchacho!" Habló se también de las visitas que tía y sobrina hacían á la calle de Mira el Río. "Yo—declaraba doña Lupe,—reconozco que no tengo valor ni estómago para practicar la caridad en ese grado. Admiro mucho á mi amiga Guillermina; pero no la puedo imitar." Feijóo expuso sobre aquel tema de la filantropía algunas consideraciones muy sesudas, que oyó Fortunata con gran interés, y despidióse, dando á cada una de las señoras un fuerte apretón de manos.

Aquella noche notó Fortunata en su marido

do algo que la puso en cuidado. Durante la comida no había ~~hablado~~ una palabra; ~~[illegible]~~ ~~pálido, sino con~~ el color arrebatado, muy inquieto, dando á cada instante suspiros hondísimos. Cuando subió á acostarse, no tenía ya el rostro encendido, sino de color de ~~[illegible]~~ ~~encajado. Parecía haber perdido en un solo día tanto pelo como en un año, y su respiración era bronca y fatigosa.~~ "¿Tienes jaqueca?„—le preguntó ~~la~~ mujer, viéndole desplomarse en una silla y apoyar la cabeza en las manos. Contestó Maxi que no, que la cabeza no le dolía nada, y que lo que le aterraba era sentir el cráneo vacío, ~~sin sesos~~.

"Hace poco—dijo con ~~expresión de angustia~~,—perdí la memoria de tal modo... que... no sabía cómo te llamas tú. Venía subiendo la escalera, y me entró tal rabia, que me pregunté á gritos: "¿Pero cómo se llama, cómo se llama?...„ Me acordé al ~~entrar en la casa~~. Hoy estaba haciendo una medicina para un enfermo de los ojos, y en vez del sulfato de ~~[illegible]~~ puse ~~éter sulfúrico~~. Si no lo advierte Ballester... ~~[illegible]~~ dejo ciego al enfermo... No puedo trabajar. Esta cabeza se me ha trastornado. Figúrate que á ratos...„

dicho

tenía

estaba

cola.

desalquilado, como una casa con papeles.

desaliento amargo,—

atropina

el de eserina, que es la indicacion contraria.

¡que atrocidad!

Diciendo esto la miraba de hito en hito, y Fortunata no sabía disimular bien el terror que aquellos ojos le causaban.

"Figúrate que á ratos me siento tan estúpido, pero tan estúpido, que creo tener por cabeza un pedazo de granito. No salta aquí una idea aunque me dé con un martillo. Y otros ratos parece que me vuelvo el hombre de más seso del mundo, y se me ocurren unas cosas... De tan sublimes que son no las puedo expresar; me tiembla la lengua, me la muerdo y escupo sangre... Después me quedo como el que sale de un desmayo. Ballester se asustó esta tarde y me tuvo que dar agua de azahar.

—Acuéstate y descansa—le dijo su mujer compadecida y asustada.—Eso no es más que cansancio de tanto discurrir. Durmiendo se te pasará.

Maximiliano empezó á desnudarse, deteniéndose á cada momento.

"En cuanto muevo un brazo—decía con terror,—me aumentan de tal modo las palpitaciones que no puedo respirar.—Ballester dice que es nervioso, una hiperquenesia del corazón producida por la dispepsia... gases... Pero yo digo que no, que no, que esto es más grave. Son las aortas... Yo tengo una aneurisma, y el mejor día plaf... revienta...

—No seas aprensivo... Si no leyeras librotes de Medicina no se te ocurrirían esos disparates —sacándole los pantalones.

Quedóse con las piernas tiesas en calzoncillos, esperando á que su mujer le quitara también las botas.

"Dios te lo pague, hija de mi vida. Ayúdame, que bien lo necesita tu pobre marido. Estoy lucido, como hay Dios.

Fortunata le cogió gallardamente en brazos y le metió en la cama. El esfuerzo fue grande, pero no extraordinario, y ¿un podía ella más. Ambos se reían; pero después de la risa, Maximiliano dió un suspiro, y dijo con la tristeza mayor del mundo;

"¡Qué fuerza tienes!... Y yo qué débil. ¡Y á este llaman sexo fuerte! ¡Valiente sexo el mío!

"Duérmete y no pienses en tonterías—~~Fortunata~~, que movida de piedad creyó oportuno y caritativo hacerle algunas caricias.

—Si no fuera por ti—dijo él, como un niño mimoso,—no se me importaría ~~nada~~ que la vida se me acabara... El mundo no vale nada sino por el amor. Es lo único efectivo y real; lo demás es figurado.

—¿Qué tal te encuentras ahora?

—Ahora bien... Acuéstate tú, que aunque no te toque, me consuelo con sentirte á mi lado...

~~Fortunata se~~ acostó y estuvo dándole conversación hasta que le entró sueño. ¡Pobre chico! La [illegible] que [illegible] sentía [illegible], apagaba en [illegible] espíritu la aversión ó al menos la [illegible] como en un repliegue no permitiéndole manifestarse. Y la compasión hacía que brotaran en su [illegible] aquellos deseos de virtud sublime que á ratos surgían como flor de un minuto, criada por la emulación. La emulación y la manía imitativa eran lo que determinaba [illegible] que si su marido se ponía muy malo, muy malo, ella sería la admiración del mundo por el esmero en asistirle y cuidarle. [illegible] para que [illegible] fuese completa era menester que á Maximiliano le entrase una enfermedad asquerosa y repugnante, de esas que ahuyentan hasta á los más allegados. Ella, entonces, daría pruebas de ser tan ángel como otra cualquiera, y tendría alma, y valor y estómago para todo. ~~En esto estuvo pensando~~ gran parte de la noche, dando vueltas en su cabezo á aquel grandioso cuadro de abnegación... "Y entonces vería [illegible] si aquí hay perfecciones ó no hay perfecciones, y que cada una es cada una... Lo malo sería que no lo viese, porque acá no ha de venir... Pero ya haríamos de modo que se enterara.

M.C.D.2020

Maximiliano la distrajo de esta meditación, dando quejidos profundos. Ya conocía aquello su mujer y sabía el remedio, que era volverlo suavemente del otro lado...

"¡Qué sueño!—murmuró Maxi medio despierto.—Soñaba que te habías marchado... y yo te había cogido de un pié, y tú tirabas, y yo tiraba más y tirando se me rompía la bolsa del aneurisma, y todo el cuarto se llenaba de sangre, todo el cuarto, hasta el techo...

Le arrulló para que se durmiera y ella se durmió también.

Levantóse temprano [redacted] porque tenía que trabajar. Después [redacted] Cuando entró en la alcoba á ver si á su marido se le ofrecía alguna cosa, éste se estaba vistiendo, y en una [redacted] de [redacted] muy distinta de la [redacted] que [redacted] la noche anterior. No sólo parecía recobrado de su de[redacted] sino que estaba inquieto, ágil y como si acabara de tomar un [redacted]ante muy enérgico. En cuanto entró su mujer se fué derecho á ella, abotonándose el cuello de la camisa, y en tono de acritud le dijo:

"Oye... estaba deseando que vinieras para decirte que esas visitas del señor de Feijóo me cargan. Anoche te lo iba á decir y se me olvidó... Ya lo sabes... Sé que ayer tarde estuvo aquí otra vez y le dieron chocolate. Me lo [redacted] mi hermano Juan, que pasaba por la calle cuando él salía, y hablaron.

Fortunata estaba pasmada de aquel exabrupto, y más aún del tono. Por las mañanas, ~~estuvo~~ Maximiliano algo regañón y displicente; pero nunca como aquel día. Volviéndose hacia el espejo para ponerse la corbata, prosiguió diciendo:

"Es que parece que hacen las cosas á propósito para ~~molestarme~~, para [illegible] rabiar... Y no eres tú sola... mi tía también. Se han propuesto sin duda hacerme perder la salud.

~~Fortunata la miró~~ y en el espejo vió la cara pálida y contraída de Maxi, cuya [illegible] nerviosa se manifestaba en un movimiento vibratorio de cabeza, la cual parecía querer arrancarse por sí misma del cuello. Disculpóse ella como pudo; pero él, en vez de calmarse, siguió quejándose de que [illegible] de que ~~no la hacían caso, de que él no era nadie~~. Fortunata callaba, sospechando que su marido no tenía la cabeza buena, y que sería peor llevarle la contraria. Desde ~~aquel día~~ pudo observar que todas las mañanas se repetía en Maxi la misma excitación, y la [illegible] de que todas las personas de la familia se confabulaban contra él para atormentarle. Unas ~~días~~ tomaba pié de alguna falta advertida en la ropa, botón caído, ojal roto, ó cosa semejante. Otras, era que le ponían un chocolate muy malo para que reventara... como que le querían envenenar, ó bien que dejaban los balcones y las puertas abiertas para que entrase un aire colado y le ~~traspasase~~. Estas manías iban de mal en peor, poniendo á doña Lupe de un humor acerbísimo y haciéndole presagiar alguna desgracia. Llegó día en que Maxi se expresaba con una violencia ~~que desdecía de~~ su carácter pacífico, y cuando no le contestaban, se contestaba él echando leña por sí propio en la hoguera de su ira, y por fin se ~~marchaba~~ refunfuñando, cerraba con golpe formidable la puerta, y bajaba la

escalera de cuatro en cuatro peldaños.

Por las noches el lobo se trocaba en cordero. Creeríase que la fuerte inervación de la mañana se iba gastando con los actos y movimientos de la persona en el curso del día, y que llegaba á la noche en el estado contrario, exhausto como el que ha trabajado mucho. Ya Fortunata se había acostumbrado á este tira y afloja del temperamento de su marido, y ninguna de sus extravagancias le cogía de sorpresa. La veía venir y se preparaba. Por las mañanas lo mejor era no hacerle caso, aparentando sumisión á las exigencias; por las noches no había más remedio que halagarle y mimarle un poco, que otra cosa habría sido crueldad.

Diferentes veces, en sus coloquios íntimos con Fortunata, Maximiliano había expresado esas tristezas tan comunes en los matrimonios que no tienen hijos. Fortunata no gustaba de este tópico, pero no tenía más remedio que aceptarlo. Una noche lo acogió con verdadero entusiasmo, porque llevaba á él una idea nueva, una felicísima ocurrencia que aquel día había tenido. "Mira tú—dijo á su marido;—si Dios no quiere darnos un hijo, él se sabrá por qué lo hace. Pero si tú quieres, podemos adoptar uno, buscar un huerfanito y traérnosle á casa. A mí me distraería mucho y á los dos nos distraería. ¿Por qué no he de hacer yo, aunque soy pobre, lo que hacen las señoras ricas, que no tienen hijos? Es muy soso un matrimonio sin chiquitín.

A Maximiliano le pareció bien la idea, pero doña Lupe, aunque no la contradijo abiertamente, no pareció entusiasmarse con ella. Los chiquillos ensucian la casa, todo lo revuelven y enredan y dan muchos disgustos con sus enfermedades y travesuras. Si Fortunata traía un hijo á la familia, bien podía decir que se les había acabado la tranquilidad, y que

Aunque expuso Fortunata estas ideas con mucha discreción, Fortunata se entristeció, porque se le había puesto en la cabeza desde la noche antes aquel tema de recoger un niño huérfano, y encariñada con ella, le costaba mucho trabajo desecharla.

IX

Doña Lupe la invitó dos días después de la noche del choque con Jacinta á volver á visitar á Mauricia. ¡Qué diría doña Guillermina si no volvían! Negóse Fortunata á ir allá con un pretexto cualquiera y fué sola doña Lupe una mañana de un día, en que por ser domingo, no había ventas en el Monte de Piedad. A eso de las diez regresó muy afectada, y entrando en el gabinete donde Fortunata estaba cosiendo, le dijo: "Hija, rézale un Padre nuestro á la pobre Mauricia.

—¡Se ha muerto!—exclamó Fortunata sintiendo una fuerte sacudida en su alma.

—Sí, á las diez y media. Parecía que estaba esperando á que llegara yo para morirse... ¡pobrecilla! Vengo horrorizada. Si yo lo sé, no parezco por allá. Estos cuadros no son para mí. Me he puesto mala. ¡Qué bien has hecho en no ir! Te habrías afectado como me afecté yo. Cuando llegué estaba en su sano juicio. Preguntóme por tí con un interés... Dijo que te quería más que á nadie, y que lo primerito que le iba á pedir al Señor era que te hiciera feliz. Yo, francamente, al oir esto, me creí que estaba delor; pero Severiana me dijo que anoche creyeron por dos ó tres veces que se les quedaba entre las manos. Le daban congojas tan fuertes, que se le acababa la respiración... Pues como te digo, estaba al parecer tranquila; todo lo que dijo indicaba buen acuerdo; sólo noté que la voz parecía que salía del fondo de un cántaro muy hondo y sonaba como lejos... La cara la tenía muy arrebatada, y los ojos muy hundidos, pero muy brillantes. Guillermina estaba sentada á su cabecera, y á cada rato le daba besos y abrazos, diciéndole que pensara en Dios, y se pondría buena... De repente, se

descompuso, [redacted]... se quedó amoratada, empezó á dar brazadas y á echar por aquella boca unas palabras que daban horror. En esto llegó el padre Nones, á quien Guillermina había mandado llamar para que la auxiliase; pero todo [redacted] inútil. Ni la pobre enferma podía oir lo que le decían, ni estaba su cabeza para cosas de religión. [redacted] tuvo una idea [redacted]. Le dió á beber una copa de Jeréz, llena hasta los bordes. Mauricia apretaba los dientes; pero al fin, debió darle en la naríz el olorcillo, porque abrió la boca y se lo [redacted] de un trago. ¡Cómo se relamía la infelíz! Se calmó la cabeza cayó en la almohada y cerró los ojos. Entonces Guillermina le preguntaba si creía en Dios, si amaba á Dios, si se encomendaba á Dios y á la Santísima Virgen, y ella contestaba que sí moviendo la cabeza... El padre Nones estaba de rodillas, reza que te reza. Encendieron una vela de cera, y te aseguro que el tufillo de la vela, los rezos y aquel espectáculo, me levantaron el estómago y me han puesto los nervios como cuerdas de guitarra. Yo no quería mirar; pero la curiosidad... eso es lo que tiene... me hacía mirar. Los ojos de Mauricia se le habían hundido hasta ponérsele en la nuca, y la naríz, aquella naríz tan bonita, se le afiló como un cuchillo. Guillermina alzaba la voz, diciéndole que se encomendase á Dios, que Dios la perdonaba, que la envidiaba por ir derecha á la gloria, y otras muchas cosas que la hacían á una llorar. Mauricia seguía moviendo la cabeza; pero por fin los movimientos apenas se notaban. Luégo la vimos mover los labios, y sacar la punta de la lengua como si quisiera relamerse... Dejó oir una voz que parecía venir por un tubo del sótano de [redacted] casa. A mí me pareció que dijo: *más, más*... otras personas que allí había aseguran que dijo: *ya*. Como quien dice: "Ya veo la gloria y los ángeles." Bobería; no dijo sino *más*... es decir, *más Jeréz*. Doña Guillermina y Severiana le acercaron un espejo á la cara y lo tuvieron un ratito... Después todos empezaron á hablar en alta voz. Había espirado, y se había quedado de un color violado tirando á azul. A los diez minutos su fisonomía estaba tan variada, que si la ves no la conoces. [redacted]

hija ¡pero de que manera!...

flores, unas berzas!... Era un horror.

manotazos

La santa

feliz

aza

atizó

como una piedra.

y á tales y cuales santos del Cielo.

endo

poniéndole una cruz entre las manos

y ¡pum!

cera

ando

se abrazara á la cruz,

deciale

rse

ella

ita

La cabeza de

se iba quedando quieta, quieta...

la

Ya estaba Mauricia en el otro mundo;

—¿Y quién más estaba allí?—preguntó Fortunata.—¿Y no le llevaron la niña para que la viera en su última hora?

Como fuera negativa la contestación de doña Lupe, observó Fortunata con cierto enojo que estaba muy mal hecho; que aquello no era caridad ni cosa que lo valiera, y que si la niña hubiese estado en su poder, por nada del mundo habría dejado de llevarla.

"Pero Guillermina... ¡qué mujer esa!—exclamó la de Jáuregui, poniendo los ojos en blanco.—¿Creerás que la amortajó con sus propias manos? No haría más si fuera su hermana. Ella la lavó... sí, la lavó toda, la vistió, le puso el hábito y tan tranquila. Yo habría querido ayudar; pero, francamente, no sirvo para esas cosas. Me parecía natural el ofrecerme; bien sabía yo que no había de ceder á nadie el llevar la batuta aquella operación. Lo ha tomado por oficio. Pero me ofrecí, me ofrecí. Hay que estar en todo y quedar siempre en buen lugar. Y aunque lo poco que hice tiene mérito, porque en mí es un sacrificio cualquier cosa de este género, mientras que en esa señora no lo es, porque está acostumbrada á estar entre enfermos y muertos, como las hermanas de la caridad. Habías de verla. Se limpiaba las lágrimas, y vuelta otra vez al trabajo con aquellas manos incansables... Y siempre con su carita tan sonrosada, y aquel pasito ligero y vivaracho. Cuando concluyó, echamos las dos un largo párrafo en la salita; hablamos de Mauricia, de la mucha miseria de las muchas maldades que hay en Madrid, y de que gracias á las buenas almas "como usted„—me dijo,—se remediaban muchos males. "¿Y su sobrino de usted no ha venido?—me preguntó.—El otro día me prometió unos pantalones de su marido.„

—¡Ah! sí—recordó Fortunata.—No crea usted que lo he olvidado. Ya los aparté. Son para un hombre que toca la corneta, el trombón ó no sé qué. Se los mandaremos á Severiana.

—Yo me encargo de eso—replicó doña Lupe, dando á entender que tenía un plan.—A mí no

me ha dicho ni jota de eso de echar un guante. A ti tampoco. Yo iba preparada con mis dos duros; pero como no se habló de suscrición, me los he vuelto á traer. Mañana será otra cosa. Pedirán para el entierro. Allá me voy, llevaré los pantalones yo misma.

—No, los llevaré yo, bien envueltitos en un pañuelo.

—Pero vas tú...

—Iré... si á usted le parece—dijo Fortunata, á quien de súbito entraron ganas de volver allá.—Llevaremos cada una nuestro duro. Es mejor, y lo daremos á Severiana antes de que nos pida.

—Eso no está mal pensado. Pero á quien hay que darlos es á doña Guillermina, que es la que sabe agradecer. ¡Ah! Se me olvidaba decirte otra cosa. Me invitó á ir á visitar su asilo, mejor dicho, nos invitó á las dos. Iremos. Ese día estrenaré mi abrigo nuevo y tú la falda que te piensas hacer. Habrá que echarle algo en el cepillo que tiene allí; pero no importa. Otros petitorios me enfadan á mí; pero á los cepillos no les temo.

Papitos entró y su ama le mandó que hiciera una taza de té, porque tenía el estómago revuelto. La señora no se había quitado el manto ni soltado el manguito; pero cuando se aligeró, charlando, de la carga que en su espíritu traía, pensó en mudarse de ropa. En la mano traía un lío. Eran varias cosillas que de paso había comprado para engolosinar á Maxi. Ballester había recomendado que se le diera carne cruda; pero como él se negaba á comerla, doña Lupe discurrió el darle menudillos, corazones de aves, y suprimir para él el cocido y todos los feculentos. Para postre le había traído *ciruelas* de Portugal.

A nada de esto atendía Fortunata, por tener el pensamiento enteramente ocupado con aquella idea de visitar el asilo de doña Guillermina. De allí sacaría el huerfanito que quería traerse á su casa. Pues digo... si estaba todavía en el establecimiento aquel mismo nene que su tío Pepe Izquierdo quiso venderle á Jacinta, ¡qué ocasión!... Pediríalo á Guillermina, y si ésta se lo daba, lo adoptaría por hijo. También ella se picaba por los niños ajenos á falta de los propios. Que vieran, sí, que vieran también ella...

Pero pronto había de ocurrir algo que desconcertó por completo estos planes de adopción del huerfanito. Al día siguiente fueron, como estaba concertado, á la calle de Mira el Río. Temía Fortunata aquella visita por diferentes motivos, no siendo el menor la pena que le causaría ver el cadáver de Mauricia. Temerosa y sobrecogida, quedóse en la salita, donde estaba doña Fuensanta con un pañuelo negro por los hombros. Severiana entraba y salía. Sus ojos revelaban que había llorado, y también tenía un mantón negro por los hombros. Por un resquicio de la puerta que comunicaba la sala primera con la cámara mortuoria, vió Fortunata los piés de Mauricia en el ataúd, y no tuvo ánimo para acercarse á ver más. Dábale pena y terror, y no podía olvidar las últimas palabras que le dijo la infeliz mujer: "Lo primerito que le he de pedir al Señor, es que te mueras tú también y estaremos juntas en el Cielo." Aunque se tenía por desgraciada, se agarraba con el pensamiento á la vida. Lo que dijo Mauricia era un disparate. Cada uno se muere cuando le toca, y nada más. Doña Lupe, que pasó á ver á la difunta, se afectó tanto, que no pudo permanecer allí. "Hija mía—dijo á su sobrina secreteándose,—yo no puedo ver estos espectáculos. Creo que me va á dar algo. La muerte me aterra, y no es que yo sea aprensiva. No me causa espanto ninguna enfermedad, como no sea el mal de miserere. Es lo que temo... En fin, que yo me voy de aquí al Monte. Necesito que me dé el aire. Quédate tú por el buen parecer; ahí dentro está Guillermina. Toma mi duro, por si hay la consabida suscricioncita. En cuanto se lleven el cuerpo te vas á casa. Abur."

Cuando se fué la de Jáuregui, Fortunata se quedó sola. Mudó de sitio por no ver los piés de Mauricia, calzados con bonitas botas de caña clara; piés preciosísimos que no darían ya un solo paso. Doña Fuensanta entró y le dijo algunas palabras. Un ratito después, abrióse la puerta de la estancia mortuoria, y Fortunata tuvo un extremecimiento nervioso, porque creyó al pronto que era la propia Mauricia que aparecía; pero no, era Guillermina. Desde que dió ésta el primer paso en la sala, fijáronse sus ojos en Fortunata, quien otra vez tuvo miedo. Guillermina iba derecha á ella, mirándola como no la había mirado nunca.

Tocándole

suavemente un brazo y le dijo: "Tengo que hablar con usted.

"¡Conmigo!...

—Sí, con usted.—Y al decir esto apretó un poco. La impresión que Fortunata sentía en su brazo corrió por el brazo arriba hasta llegar al corazón.

"Dos palabritas—añadió la santa; pero luégose corrigió—algunas más serán.

Advertía Fortunata en la cara de la santa cierta severidad: iba á decir algo; pero Guillermina no la dió tiempo, y tomándole el brazo, como se toma el de los hombres, le dijo:

"Venga usted por aquí. ¿Tiene prisa?

—No señora... Si usted quiere...

—Yo no me había marchado por esperar á ver si usted venía. Ayer también la esperé á usted y no quiso venir.

Condújola á la casa próxima, donde doña Fuensanta vivía, y entraron en una salita bastante desordenada, en la cual había más baules que sillas y dos cómodas. No había nadie. Guillermina cerró la puerta, invitó á Fortunata á sentarse en una silla, y sentóse ella en un cofre.

X

Fortunata no sabía qué decir ni qué cara poner ni para dónde mirar; tanto la asustaba la presencia de la respetable señora y la presunción del grave negocio que en aquella conferencia se iba á tratar. Guillermina, que no gustaba de perder el tiempo, abordó al instante la cuestión de esta manera: "Yo tengo una amiga á quien quiero mucho... la quiero tanto que daría mi vida por ella; y esta amiga tiene un marido que... En una palabra, mi amiga ha padecido horriblemente con ciertos... Como dirá con ciertos devaneos de su esposo... el cual es una excelente persona también... entendámonos, y yo le quiero mucho... Pero en fin, los hombres...

Fortunata miraba los trastos que llenaban el cuarto. Sin duda buscaba algún mueble debajo del cual se pudiera meter.

M.C.D.2020

"Vamos al caso—prosiguió la otra, dando un castañetazo con los labios.—Yo soy muy clara en todas mis cosas; no me gustan comedias. Me he comprometido á hablar con usted. Primero se convino en [illegible] á la señora de Jáuregui; pero luégo creí mejor [illegible] usted directamente, y apelar á su conciencia, porque me parecía á mí que llamando á esa puerta, alguien me respondería desde dentro. Yo no creo que haya nadie malo, malo de todas veras. ¡Me he llevado tantos chascos!... tantas veces me ha pasado ver que una persona [illegible] perversa saltaba de buenas á primeras con un acto de los más cristianos, que ya no me sorprendería de ver salir el bien donde menos se piensa. Que usted ha tenido sus extravíos, todo el mundo lo sabe. Para qué hemos de decir otra cosa.

—¡Claro!...—murmuró Fortunata que apenas se enteraba del verdadero sentido de las palabras.

—Yo no tenía el gusto de conocer á usted... Le confieso que me quedé pasmada cuando mi amiguita me dijo ayer quién era usted, y de qué forma y manera se dió á conocer. Ni [illegible] quiera sospechar tenía yo... si esto parece comedia. Encontrarse aquí, en un acto de caridad dos personas tan... no se ofenda usted si digo tan opuestas por sus antecedentes, por su manera de ser. Y no quiero [illegible] á usted. Todo lo contrario: se me figura, no sé por qué... esto es cosa de presentimiento, de adivinación, de corazonada... se me figura que usted, aunque tiene en su vida bastantes sombras, si la sacuden bien, así como otros cuando los sacuden sueltan bellotas, si la sacuden bien, digo, ha de dejar caer alguna flor.

Fortunata dijo que sí con la cabeza, y el dogal que en el cuello sentía empezó á aflojarse.

"Por esto apelo á su conciencia, y le pido que me declare con la mano puesta en el corazón, si ahora en esta temporada, en estos días, tiene algún trato con el esposo de mi amiga... Porque esta es la idea que se le ha metido ahora en la cabeza. Con que á ver, dígame usted si...

M.C.D.2020

—¡Yo!—exclamó Fortunata, que casi perdió el miedo con el empuje de la verdad que quería salir.—Yo... ahora. ¿Está usted soñando? Si hace un siglo que ni siquiera le he visto.

—¿De veras?—preguntó la santa, guiñando los ojos, [redacted] de mirar especial suyo, que extraía la verdad como con tenazas; y ciertamente, la pecadora [redacted] que la mirada [redacted] hasta [redacted] lo profundo.

—¿Pero no lo cree?... ¿Pero lo duda?—[redacted] olvidándose de los buenos modales iba á hacer la cruz con los dedos y á besárselos jurando *por ésta*.

El [redacted] deseo de ser creída resplandecía de tal modo en sus ojos, que Guillermina no pudo menos de ver asomada en ellos la conciencia. Pero como disimulaba esto, permaneciendo fría y observadora, la otra se impacientaba y enardecía, no sabiendo ya qué expresiones usar para convencerla.

"¿Por qué quiere usted que se lo jure?... ¿Cómo quiere usted que se lo pruebe?... ¡Vamos, que dudar esto!... Ni verle, ni saber de él siquiera...

—No diga usted más—manifestó Guillermina con cierta solemnidad.—Me basta. Lo creo. Si usted me hubiera dicho lo contrario, [redacted] peraba que usted me lo dijera en caso de ser cierto, porque conmigo puede usted clarearse como con un confesor; si usted me hubiera dicho lo contrario, yo le habría [redacted] que hiciese todo lo posible por devolver á [redacted] la tranquilidad, eso es. Pero si no hay nada, me guardo mi súplica por ahora; únicamente me permitiré hacerla de un modo condicional, ¿qué le parece á usted? mirando á lo futuro, y para el caso de que lo que ahora no sucede, sucediera [redacted].

La señora de Rubín miraba al suelo. Tenía el pañuelo metido en el puño y éste en la barba. Al oír la última frase de Guillermina, no demostró haberse hecho cargo de ella claramente,

"Pero ahora—agregó la santa mujer,—se me ocurre hacer á usted una preguntita... Usted tenga paciencia; buena jaqueca le ha caído encima. Vamos á ver: si ya no hay nada absolutamente entre usted y el marido de mi amiga, si todo pasó, ¿por qué guarda usted rencor á una persona que no le hace ningún daño?... ¿Por qué el otro día, ahí en ese pasillo, la trató usted de una manera tan descompuesta y le dijo... no sé qué? Francamente, esto nos ha parecido muy extraño, porque usted es casada, y vive en paz con su marido, al menos así lo parece. Si aquellos devaneos se acabaron, ¿á qué venía maltratar de palabra y hasta de obra, á la pobre Jacinta, cuando lo que procedía era pedirle perdón?

—Eso fué que...—murmuró Fortunata, haciendo del pañuelo una perfecta pelota,—eso fué... pues fué que...

Y no había medio de pasar de aquí. Las lágrimas salían á sus ojos, y el nudo de la garganta volvió á apretársele de un modo horrible. En toda su vida, en tiempo alguno, habíase visto la infeliz en trance semejante. La persona que familiar y cariñosamente llamaban algunos la *rata eclesiástica*, infundíale más respeto que un confesor, más que un obispo, más que el Papa. Y la *rata* guiñaba más los ojos, y en su bondad quiso abrir camino á la confesión.

"Es que usted... como si lo viera... conserva resentimientos y quizás pretensiones que son un gran pecado; es que usted no está curada de su enfermedad del ánimo; es que usted si no tiene ahora trato con el marido de mi amiga, se halla dispuesta á volverlo á tener. Las cosas claritas.

Fortunata no contestó.

"¿He acertado? ¿He puesto el dedo en la parte más sensible de la llaga? Franqueza, hija mía; que esto no ha de salir de aquí. Yo me tomo estas libertades, porque sé que usted no ha de enfadarse. Bien sé que abuso y que me

pongo mochacona; pero, aguánteme usted por un momento; no hay más remedio... Con que á ver...

Tampoco dijo nada. Por fin, desliando el pañuelo, expresándose á trompezones, quiso escapar por la tangente en esta forma: "Aquel día... cuando le dije á esa señora... aquello... después me pesó.

—¿Y por qué no le pidió usted perdón?

—Me pesó mucho.

—Estamos en ello... pero conteste claro, ¿por qué no le dió excusas?

—Perdón ha dicho.

—Sí, perdón... porque...

—Porque me marché á mi casa.

—Bueno. ¿Y si ahora la viera usted?

Silencio completo. Guillermina no tuvo paciencia para esperar más la respuesta, y acalorándose lo que sigue: "¿Pero usted no sabe que esa señora es mujer legítima... mujer legítima de aquel señor...? ¿Usted no sabe que Dios los casó y su unión es sagrada? ¿No sabe que es pecado y pecado horrible querer al marido de otra, y que la esposa ofendida tiene derecho á tratarla á usted con desprecio, mientras que usted, con dos adulterios nada menos sobre su conciencia, la ofende con sólo mirarla? Pero vamos á ver, ¿usted qué se ha llegado á figurar, que estamos aquí entre salvajes y que cada cual puede hacer lo que le da la gana, y que no hay ley, ni religión ni nada? Pues estaríamos lucidos con las ideitas de usted, sí señor... No extrañe usted que me enfade un poco, y dispense.

Fortunata estaba como si le hubieran vaciado sobre el cráneo una cesta de piedras. Cada palabra de Guillermina fué como un guijarro. En aquel momento, cogido el pañuelo por las dos puntas hacia con él como una soga. No se puede saber si esa espontaneidad aturdida ó bien reflexión deliberada estas palabras me dijo

137 441

"Es que yo soy muy mala; no sabe usted lo mala que soy.

—Sí, sí; ya voy viendo que no es usted lo que yo creía—insinuó la santa irguiéndose en el asiento como para mirarla más de lejos.—Cuando hay arrepentimiento el Señor perdona. Pero usted, por lo visto, tiene una frescura para mirar estas cosas de la conciencia, frescura que no le envidio. Usted está casada: ya que la conciencia no le remuerde por un lado, ¿cómo no le escuece por el otro?

—Me casé sin saber lo que hacía.

—¡Qué angelito!... ¡sin saber lo que hacía! Pues qué, ¿casarse es un acto insignificante y maquinal como beber un buche de agua? ¿Puede alguien casarse sin saber que se casa?... Hija mía, ese argumento guárdelo usted para cuando hable con tontas, que conmigo no vale.

—Me casaron—agregó Fortunata, volviendo á hacer una palota con el pañuelo,—me casaron sin que pueda decir cómo. Creí que me convenía y que me sería posible querer á mi marido.

—¡Ay, qué gracioso!... ¡Qué mona es la criatura!—exclamó Guillermina con [illegible] gracejo, exaltándose.—Estas... hartas de pecados son muy saladas cuando se hacen las inocentes. ¡Creyó que le podría querer! ¿Y qué hizo usted para conseguirlo?... [illegible] que usted quería, [illegible] lo que usted quería era casarse para tener un hombre, independencia y poder corretear libremente. ¿Más clarito todavía? Pues lo que usted deseaba era una bandera para poder ejercer la piratería con apariencias de legalidad. Desdichado hombre el que cargó con usted. De veras le cayó la lotería. Y dígame, ¿al fin no consiguió usted tenerle cariño?

—No señora—replicó Fortunata, rompiendo á llorar.—Pero si me habla usted de esa manera, no podré seguir... tendré que retirarme.

[illegible] se corrió en el cofre que le ser-

Somos una perfección,

dic

moral!

podría

ísima

amable ironía y

Ah! lo

digamos las cosas claras,

la fundadora

que

pasando por legal

La santa

saltó por alguna parte ese cariño que usted quería tener?

vià de asiento, para aproximarse á la silla en que estaba la otra.

"Vamos, no llore usted—le dijo con bondad poniéndole la mano en el hombro.—No se ofenda por lo que he dicho. Ya le recomendé á usted que me llevara con paciencia. Cuando me pongo á sacar pecados no hay quien me aguante... Pues es claro, les duele; pero luégo sienten alivio. Comprenda usted que nada me ha dicho en su descargo.

—¿Pero qué culpa tengo yo de no querer á mi marido?—manifestó la pecadora de la manera sofocada é intermitente que el llanto le permitía.—Yo no lo puedo remediar. Yo no me casé por lo que usted dice, sino porque estaba equivocada. Á mi marido no le quiero, ni le querré nunca, aunque me lo manden todos los santos de la Corte celestial. Por eso digo que soy mala, muy mala.

Guillermina dió un gran suspiro. En presencia de aquel terrible antagonismo entre el corazón y las leyes divinas y humanas, problema insoluble, su gran piedad y caridad inspiraron una idea sublime.

"Bien sé que no puede mandar al corazón. Pero eso mismo le da á usted motivo para dejar de ser mala, como dice, y de adquirir méritos inmensos. Cumplir ciertos deberes cuando el amor no facilita el cumplimiento, es la mayor de las virtudes. Hacer eso bastaría para que todas las culpas de usted fueran lavadas. ¿Cuál es la mayor de las virtudes? La abnegación, la renuncia de la felicidad. ¿Qué es lo que más purifica á la criatura? el sacrificio. Pues no le digo á usted más. Ya comprenderá á dónde voy. Tenga usted paciencia, cumpla sus deberes, sacrifíquese y Dios la tendrá por suya, pero por muy suya. Haga usted eso, pero claro, que se vea, que se palpe, y el día en que usted sea como le propongo, yo... yo...

Al decir yo, Guillermina se ponía la mano en el pecho y daba á sus ojos la expresión más hermosa.

"Yo, yo... ese día, iré á confesarme con usted como usted se confiesa ahora conmigo.

Esto dejó á Fortunata tan desconcertada, que sus lágrimas se secaron de improviso. Miraba con verdadero espanto á la *rata eclesiástica*.

"No se espante usted ni ponga esos ojazos —prosiguió ésta.—Yo no he tenido ocasión de tirar por el balcón á la calle una felicidad, ni una ilusión, ni nada. Yo no he tenido lucha. Entré en este terreno en que estoy como se pasa de una habitación á otra. No ha habido sacrificio ó es tan insignificante, que no merece se hable de él. Ríase usted de mí, si quiere; pero sepa que cuando veo á alguna persona que tiene la posibilidad de sacrificar algo, de arrancarse algo que duele, le tengo envidia... Sí; yo envidio á los malos, porque envidio la ocasión, que no tengo, de romper y tirar un mundo, y les miro y les digo: "Necios, teneis en la mano la facultad del sacrificio y no la aprovechais...

Esta idea, á pesar de ser tan alta,

Fortunata, á quien se acercó Guillermina, y echándole el brazo por los hombros, la apretó contra sí. Nunca, en tiempo alguno, ni en el tribunal de la penitencia, había sentido Fortunata su corazón con tantas ganas de desbordarse, cuanto en él existía. Le parecía Guillermina más respetable que todos los sacerdotes juntos y verdadera imagen de la Divinidad; y como ella tenía la virtud de la sinceridad, en aquel caso sentíase con mayor prurito ó ansia de ser sincera. La mirada sola de la Fundadora parecía que extraía la representación ideal que de sus propias acciones y sentimientos tenía en el espíritu.

XI

Abrióse la puerta y entró Severiana llorando como una Magdalena. Había llegado el momento de que se llevaran el cuerpo de Mauricia y este acto tristísimo se conoció en los gemidos y sollozos de todas las mujeres que en la casa mortuoria estaban. Cuando Guillermina y Fortunata salieron, ya el ataud era bajado en hombros de dos jayanes para ponerlo en el carro humilde que esperaba en la calle. La curiosidad y el deseo de dar el último adios á su amiga, empujaron á Fortunata hacia la escalera... Alcanzó á ver las cintas amarillas sobre la tela negra; pero fué un segundo no más en la revuelta de la escalera. Pero después se asomó al balcón de la calle, y vió cómo pusieron la caja en el carro, y cómo echó á andar éste sin más acompañamiento que el de un triste simón en que iban Juan Antonio y dos vecinos. Se vió tan vivamente acometida de ganas de llorar, que no recordaba haber llorado nunca tanto, en tan poco tiempo. Y no era solo la pena de ver desaparecer para siempre á una persona á quien tenía cierta simpatía inexplicable, era además una necesidad de desahogar su corazón por penas atrasadas y que sin duda no estaban liquidadas todavía.

Pronto desapareció el carro, y de Mauricia no quedó más que su recuerdo, todavía fresco; pero que se había de extinguir rápidamente. A

M.C.D.2020

los diez minutos de haber salido el cuerpo, entró Severiana con los ojos ~~como tomates~~ hinchados, y abrió todas las puertas, ventanas y balcones para que se ventilase la casa. La comandanta empezaba á disponer el tren de limpieza, y á sacar los trastos para barrer con desahogo.

Guillermina se acercó á Fortunata que era, de las presentes, la que aún no había enjugado sus lágrimas, y le dijo: ¡Pobrecita Mauricia! De morir arrastrándose por las calles á morir cristianamente como ha muerto al lado de su hermana, va una gran diferencia. El Señor le habrá dado lo que le convenía.

—¡Pobre Mauricia!—~~dijo~~ Fortunata, secándose el llanto á toda prisa, pues no le parecía bien ser ella la que más llorase.—Mire usted, señora, á mí me pasaba con esa mujer una cosa rara. Sabiendo que era muy mala, yo la quería... me era simpática, no lo podía remediar. Y cuando me contaba las barbaridades que hizo en su vida, yo no sé... me alegraba de oirla... y cuando me aconsejaba cosas malas, me parecía acá para entre mí que no eran tan malas y que tenía razón en aconsejármelas. ¿Cómo me explica usted esto?

—¿Yo?... ¿qué le explique yo?...—repuso la fundadora con cierto aturdimiento.—Hay en el corazón misterios muy grandes, y en lo que toca á la simpatía, misterios de misterios... ~~Vamos, usted á saber~~ ¡Pobre mujer! Y si viera usted qué guapa era cuando polla. Se crió en casa de mis padres ~~como usted sabe~~. ¡Lástima de chica! ~~Pues le digo á usted que era una preciosidad~~ Su perfil elegante, la mirada, la expresión eran ~~un encanto~~. Después se echó á perder, y se le puso la cara dura y hombruna, la voz ronca. Dicen que era el retrato vivo de Napoleón I, y efectivamente...

Guillermina miró las láminas napoleónicas, y ~~Fortunata~~ también, reconociendo el parecido. Después la santa se despidió de Severiana, ~~le~~ recomendó la paciencia, y tomando el brazo de Fortunata, ~~le dijo: "acompáñeme usted."~~ Salieron Severiana y la comandanta con ellas hasta la escalera, y las dos señoras bajaron, empareja das como antiguas amigas.

"Tenemos mucho que hablar—le dijo Guillermina en la calle; —pero mucho. Lo de hoy no ha sido más que desflorar el asunto. Me ha sabido á poco. ¿Y usted, tendrá un poco más de paciencia para aguantarme? Porque si usted no ha quedado harta de mí, le he de rogar que me dé otra audiencia. Esto no puede quedar así, y no descanso hasta no arrancarle á usted la promesa solemne, el juramento de no volver á las andadas con aquel sujeto. ¿Será usted tan buena que quiera echar conmigo otro rato de palique?

—Todos los que usted quiera—replicó la señora de Rubín, encantada con la indulgencia y cortesía de la ilustre dama.

—Bueno; ya fijarémos cuándo y cómo. ¿Va usted hacia su casa? Pues iremos juntas, porque yo tengo que ir á la calle de Zurita á echarle los tientos á mi herrero, y no hará usted nada demás si me acompaña un poco. Pronto despacho, y la dejaré á usted [illegible] en la puerta de su casa.

Fortunata lo agradó en extremo la proposición, y anduvieron juntas el torcido y desigual camino que separa [illegible] de la Arganzuela del barranco de Lavapiés. Entre los repliegues del terreno de Madrid en su vertiente Sur, la viabilidad no puede ser más penosa. Hablaban de cosas que nada tenían de espirituales, de lo caro que se estaba poniendo todo... Las patatas, ¡quién lo había de decir! á la arroba; el pan de picos á cuarto, y de las casas no dijéramos, un cuarto que antes costaba diez reales, no se encontraba por catorce. De esto saltaron á hablar del marido de Fortunata, de quien ésta tuvo que hacer un elogio muy vivo, como pedía el caso, y la otra la alentaba con su aprobación. Llegaron á la calle de Zurita y entraron en una herrería, grande, negra, el piso cubierto de carbón, toda llena de humo y de ruido. El dueño del establecimiento avanzó á recibir á la señora, con su mandil de cuero ennegrecido, la cara sudorosa y tiznada, y quitándose la gorra, le dió sus excusas por no haber entregado las [illegible] cuantas arrobas de clavos bollotes.

"¿Pero y los gatillos, que es lo que hace más falta?—dijo la dama amoscándose.—Hombre de Dios, usted se va á condenar por tantos embustes como dice. ¿No me prometió que estarían por ayer? ¿Qué palabras son esas? Vaya, que ni Job tendría paciencia para aguantarle á usted.. Están parados los carpinteros de armar por causa de esa pachorra de usted. No me extraña que esté usted tan gordo, Sr. Pepe... Y póngase la gorra, que está sudando y se puede constipar.

El herrero repetía sus excusas con voz balbuciente, y por fin hizo juramento de dar los gatillos para el jueves, sí, para el jueves, con toda seguridad... Había tenido un encargo con muchas prisas... pero en seguida se pondría con los gatillos de la señora, y los tendría, los tendría *por encima de la cabeza de Cristo* para el día señalado.

Volvió á echarle los tiempos, pues no se contentaba con promesas, y se despidió diciendo que si no estaban el jueves, se podía quedar con ellos. Hasta mitad de la calle salió el Sr. Pepe haciendo cortesías, gorra en mano, y las dos señoras subieron despacio hacia la calle del Ave-María.

"Bueno—dijo Guillermina,—antes de separarnos, hemos de quedar en algo. ¿Tiene usted inconveniente en ir á mi casa? ¿Sabe usted donde vivo?

Fortunata dijo que sí. Santa Cruz le había dicho varias veces que la *rata eclesiástica* vivía en la casa inmediata á la suya, y que ella y Barbarita se comunicaban por los hierros de la fachada. Esto recordó y la consideración de lo cerca que iba á estar de aquella persona, perturbaron su ánimo. Para fijar el día, tuvo que pensarlo, porque Fortunata no quería dar cuenta á doña Lupe de tal visita, temerosa de que quisiera también meter en ella su cucharada por el deseo de mangonear, y pensó que era preciso escoger un día en que fuera doña Lupe al Monte de Piedad.

"Pasado mañana... ¿le parece á usted bien? de diez á once de la mañana.

—Perfectamente... Adios, hija, conservarse.

(Ya estaba en la puerta de la casa.) Que la espero á usted... Que no me vaya á dar un plantón.'

—¡Quiá!...: No faltaba más.

Quedóse un rato Fortunata en la puerta mirándola subir calle arriba [illegible] en todo el resto del día no la pudo apartar de su mente. ¡Qué mujer aquella! Sentíala Fortunata dentro de sí, como si se la hubiera tragado, como si la hubiera tomado en comunión. Las miradas y la voz de la santa [illegible] agarradas á su espíritu con [illegible]. Y por la noche, cuando su marido se durmió, y estaba ella dando vueltas en la cama sin poder coger el sueño, vínole á la imaginación una idea que la hacía extremecer. Con tal claridad veía á Guillermina como si la tuviera delante; pero lo raro no era esto, sino que se le parecía también á Napoleón, como Mauricia la Dura. ¿Y la voz?... La voz también se le parecía á la de su difunta amiga. ¡Cómo así [illegible] una y otra cosas tan distintas! Fuera lo que fuere, la simpatía inexplicable que le había inspirado Mauricia, se pasaba á Guillermina. ¡Valiente herencia! Pues el parecido era indudable. ¿Cómo se podían parecer la que se señaló por sus [illegible] maldades y la santa señora que todos admiraban? "Yo no sé cómo es esto —[illegible] Fortunata;—pero que se parecen no tiene duda. Y cuando habla suena lo mismo que dice... Señor, ¡qué será esto!„ Se devanaba los sesos en el torniquete de su desvelo para averiguar el secreto de [illegible] fenómeno, y llegó á figurarse que de los restos fríos de Mauricia salía volando una mariposita, la cual mariposita se metía dentro de [illegible] y la transformaba... ¡Cosa más rara! ¡El mal extremado refundiéndose así y reviviendo en el bien más puro!... ¿Pero no podría ser que Mauricia, arrepentida y bien confesada y absuelta por el padre Nones, se hubiera trocado en el momento de morir en criatura sana y pura, tan pura como la misma [illegible]... ó más, ó más? ¡Qué confusión, Dios mío! Y que no haya nadie que le explique á una estas cosas...

M.C.D.2020

Después le causaba pavura la visión figurada de los piés de Mauricia... En la oscuridad ~~iluminada con ráfagas~~ cruzadas al modo de *guillóse* veía las botas elegantes, ~~[illegible]~~ y pequeñas de la difunta... Los piés se movían, el cuerpo se levantaba, daba algunos pasos, iba hacia ella y le decía: Fortunata, querida amiga de mi alma, ¿no me conoces? ¡Re...! Si no me he muerto, chica, si estoy en el mundo, créetelo porque yo te lo digo. Soy Guillermina, doña Guillermina, la *rata eclesiástica*. Mírame bien, mírame la cara, los piés... las manos. Estoy ~~[illegible]~~ loca con el asilo, y no hago más que pedir, pedir y pedir. Sr. Pepe, ¿me hace usted esos gatillos ó no ~~me hace esos gatillos~~?... ¡peinetas se debían volver! ¡Re...! En este trajín estuvo toda la noche.

VII

I

Guillermina vivía, como antes se ha dicho, en la calle de Pontejos, ~~medianería~~ por medio con los de Santa Cruz. Era aquella la antigua casa de los Morenos; allí estuvo la ~~casa de~~ banca de este nombre desde tiempo ~~inmemorial~~, y allí está todavía con la razón social de *Ruiz Ochoa y Compañía*. ~~[illegible]~~; por lo angosta y alta parecía una torre. El jefe actual de la banca no vivía allí; pero tenía su escritorio en el ~~[illegible]~~ bajo; en el principal moraba D. Manuel Moreno Isla, cuando venía á Madrid su hermana doña Patrocinio, viuda, y su tía Guillermina Pacheco; en el segundo vivía Zalamero, casado con la hija de Ruiz Ochoa, y en el tercero, dos señoras ancianas, también de la familia, hermanas del obispo de Plasencia, Fray Luis Moreno Isla y Bonilla.

Entró Guillermina en su casa á las nueve y media de aquel día que debía ser memorable. Tan temprano y ya había andado aquella mujer medio mundo. ~~Había~~ oído ~~[illegible]~~ misas y visitado el asilo viejo y el que se estaba construyendo, despachando de paso algunas diligencias. ~~[illegible]~~ un instante ~~[illegible]~~ su habitación, pensando en la visita que aquel día esperaba. ~~Dios mío, y tanto como tengo que hacer hoy!~~ ¡Vaya, que tienes que estar aquí de plantón!... Pues si no viene me divierto. ¡Por quién haría yo esto más que por Jacinta!... ¡ay qué hombres! Y es tontería pensar que ha de enmendarse, pues aun suponiendo que la otra no le dé calor, hay tantas, tantas que...

El interés que á este asunto prestaba no le hizo olvidar los suyos propios. Salió de su cuarto y fué al despacho de su sobrino. "¿Se puede? —preguntó abriendo suavemente la puerta.

"Pasa, *rata*—replicó Moreno, que se acababa de dar un baño y estaba sentado escribiendo en su pupitre, con bata y gorro, clavados los lentes de oro en la parte baja de la naríz.

—Buenos días—dijo la fundadora entrando, mientras él la miraba por encima de los quevedos.—No vengo á molestarte... Pero ante todo. ¿Cómo estás hoy? ¿No se ha repetido el ahoguillo?

—Estoy bien. Anoche he dormido. Me parece mentira que haya una noche. Todo lo llevo con paciencia; pero esos desvelos horribles. Hoy ya lo ves, hablo un rato seguido y no me canso.

—Vaya... cosas de los nervios... y resultado también de la vida regalona y ociosa que llevas... Pero vamos á mi pleito. Sólo te quería decir que ya que no quieres darme para acabar el piso, me des siquiera unas vigas viejas que tienes en tu solar de la calle de Relatores... Ayer fuí á verlas. Si me las das, ya las mandaré aserrar...

—Vaya por las vigas, que no son viejas.

—Si están medio podridas.

—Que han de estar. Pero en fin, tuyas son, tarasca—replicó Moreno volviendo á escribir.—Cuando querrá Dios que acabes tu dichoso asilo, á ver si descansa el género humano. Mira, no sabes lo antipática que te haces con tus postulaciones. Eres la pesadilla de todas las familias, y cuando te ven entrar, créetelo, aunque te pongan buena cara te echan maldiciones de dientes adentro. Te aseguro que ya estoy deseando marcharme á Inglaterra para no verte, para no oirte...

A estas palabras, dichas con seriedad que más bien parecía broma, contestóle Guillermina sentándose junto al pupitre, apoyando un codo en él y mirando frente á frente al cuya barba acarició con sus dedos, entre los cuales tenía enredado aún el rosario.

"Todo eso lo dices por buscarme la lengua. Eres muy pillincito. Por de pronto vengan esos maderos que no te sirven para nada.

—Carga con ellos y así te perniquiebres—repuso ~~Moreno~~ sonriendo.

—Pero no basta eso. Es preciso que pongas una orden á tu administrador para que me los entregue. Aquí, en este papelito... Ya que tienes la pluma en la mano no me voy sin la órden, luégo acabarás la carta.

Diciendo esto, cogía de la papelera un pliego timbrado y se lo ponía delante, apartando con su propia mano la carta que estaba á medio escribir.

—¡Dios tenga compasión de mí! ~~exclamó el sobrino llenándose de paciencia.~~ Y [illegible] fundadoras de establecimientos [illegible]

—Escribe tontito. Si todo eso que hablas es bulla. ¡Si eres lo más bueno... y más cristiano!...

—¡Cristiano yo!—ex~~pres~~ ~~Moreno~~ enmascarando la benevolencia con una fiereza histriónica.—¡Cristiano yo! ¡Mal pecado! Para que no te vuelvas á acercar más á mí, me voy á hacer protestante, judío, mormón... Quiero que huyas de mí como de la peste.

—Vamos, [illegible] no tontees. Te advierto que de ninguna manera te has de librar, pues aunque te vuelvas el mismo Demonio, te he de pedir dinero [illegible]

—No me dá la gana.

Y diciéndolo empezaba á redactar la orden.

—Así, así...—decía Guillermina dictando.—"Sr. D... haga usted el favor de dar los palos..."

—Por ahí... los palos... leña, que te den leña es lo que á tí te viene bien.

Durante el silencio de la escritura, oyóse en el pasillo próximo rumor de faldas, voces de mujeres y estallido de besos. Moreno levantó la pluma diciendo: "¿Quién es?

—No te interrumpas... ¿Qué te importa á tí? Debe de ser Jacinta. Sigue.

—Pues que pase aquí. ¿Por qué no pasa?

—Está hablando con tu hermana, ¡Jacinta, Jacintilla! ~~—dijo después alzando la voz.~~ Entra: el [illegible] quiere verte.

Abrióse la puerta y ~~entraron~~ Jacinta y Patrocinio, la hermana de Moreno. [illegible] tante más edad que Manuel, bien conservada, con el pelo enteramente blanco, como Barbarita; pero más corpulenta y de un aspecto general, bastante severo.

D. Manuel

tu

el diablo carque con estas santas cursis, con estas

lo

que no sirven para nada.

clamó el caballero su

de mí,

y te lo he de sacar. Vamos; ponme eso.

monstruo

e

aparecieron

Esta se reía de ver á su hermano enzarzado con la Santa, y riéndose se retiró

—Venga usted... por Dios—dijo Moreno echando la firma al documento,—y sáquenme de este Purgatorio. Jacinta, crea usted que su amiguita me está matando. Yo no sé cómo le aguanta.

La hermana de Moreno se reía, y riéndose se marchó.

"Calle usted, cicatero—le contestó Jacinta, avanzando hacia la mesa.—Usted es el que la mata á ella, porque pudiendo darle todo lo que le pide, porque lo tiene de sobra, no se lo da y hace usted mal en atormentarla si al fin tiene pensamiento de dárselo.

—Vamos, usted se me ha pasado al enemigo. Ya no hay salvación—afirmó él quitándose los lentes y frotándose los ojos, cansados de tanto escribir.—Estamos perdidos.

—¿Eh? ¿qué tal? Tengo buenos abogados—dijo Guillermina recogiendo su papel.

—¡Cicatero!—repitió Jacinta.—¡Negarle tres ó cuatro mil tristes duros para acabar el piso.. un hombre que no tiene hijos, que está nadando en dinero! ¡Pero cómo usted que antes era tan bueno, tan caritativo..

—Es que me he vuelto protestante, hereje—explicó Moreno—mirándola fijamente,—y me voy á volver judío á ver si esta calamidad me deja en paz.

—No le dejarémos, ¿verdad?—insistió Guillermina.—Mira, Manolo, Jacinta y yo pedimos ahora juntas. Aunque te vuelvas turco, ya te cayó que hacer.

—No, Jacinta no se mete en esos enredos—dijo Moreno mirándola clavado en los ojos.

—Vaya que sí me meto. El asilo es mío; lo he comprado.

—¿Sí? pues si ha dado usted dos pesetas por él ha hecho un mal negocio. Todavía está á la mitad y ya se está cayendo.

—Primero te caerás tú.

—Es mío—afirmó la señora de Santa Cruz avanzando más y poniendo la palma de la mano

sobre el pupitre.—Á ver, rico avariento, dé usted para la obra de Dios.

—¡Ya he dado unas vigas —replicó Manolo, mirando embelesado aquella mano de ángel sonrosada y gordita.

—Eso no basta. Necesitamos acabar el piso principal, y...

—Eso... eso...—interrumpió Guillermina.—Pero no te dará ¿Sabes? Se va á hacer mormón, y necesita el dinero para tantísimas mujeres como tendrá que mantener.

—Poco á poco, señoras mías—observó echándose sobre el respaldo del sillón.—La cosa varía de aspecto. ¡Jacinta metida á santa fundadora! ¡Qué asombro! ¡Qué compromiso! Ahora sí que no sé cómo salir del paso, porque ahora sí que me condeno de veras, si me obstino en la negativa. Porque no hay duda de que esta mano que pide, mano del Cielo es...

—Y tan del Cielo—la propia sacudiendo la mano.—Vamos, decídase usted pronto, caballero. Es la primera vez que ejerzo de santa. Si me echa la limosnita, usted me estrena.

—¿Sí?...—dijo con gran desasosiego.—Pues doy, pues doy.

Guillermina empezó á dar palmadas, gritando:

"Hosanna... ya le tenemos cogido" y con vivacidad, que parecía la de una jovenzuela, echó mano á la llave uno de los cajones de la mesa que estaba puesta.

—Eh... ¿qué libertades son esas?—gritó sujetándole la mano.

—El talonario del Banco...—murmuraba Guillermina, luchando por desasirse y por sofocar la risa.—Aquí, aquí lo tienes, perro hereje... sácalo pronto y pon cuatro números, cuatro letras y el garabato de tu firma. Jacinta, abre... sácalo... no tengas miedo.

—Poco á poco, señora—Moreno á quien la risa cortaba la respiración á causa de

enfermedad cardíaca.—Esto ya es un allanamiento, un escalo; tengan calma, porque si no me veré en el caso de llamar una pareja.

—¡El talonario, el talonario!—chillaba Jacinta, que tuvo que retirar la mano para dar sus palmadas.

—Paciencia, paciencia. No tengo aquí el talonario. Está en el escritorio de abajo. Luégo...

—¡Bah!... ¡se está burlando de nosotras!...

—No, no—dijo Guillermina con ardor,—ya no puede volverse atrás.

—Yo no me voy ya sin la firma.

—Más que la firma—manifestó Moreno muy serio, poniéndose la mano sobre aquel corazón fundamentalmente herido,—vale mi palabra.

Estaba pálido, casi blanco, del color del papel en que escribía.

"¿De veras?

—No hay más que hablar.

—Eso sí—observó Guillermina—él es muy malo, muy hereje; pero lo que es palabra la tiene...

Dichas otras cuantas bromas, retiráronse los dos santas fundadoras, dejando á Moreno con su médico que acababa de entrar. Iban tan contentas, que cuando entraron en el cuarto de Guillermina, á ésta le faltaba poco para ponerse á bailar.

"¿Pero de veras nos mandará el talón?—preguntó Jacinta incrédula.

—Como tenerlo en la mano... Has estado muy hábil... conmigo tiene tanta confianza que se pone muy pesado. Pero á tí no te había de negar... ¡Qué alegría!... ¡Ya tenemos piso principal! ¡Viva San José bendito! Vivaaaa... Porque á él se le debe todo. Tarde ó temprano, Manolo me habría dado esos cuartos ¡Ah! yo le conozco bien. ¡Si es un angelón, un bendito, un alma de Dios!...

II

No les duró mucho el regocijo, porque oyeron

59

ron el reloj de la Puerta del Sol dando las diez y ambas mudaron súbitamente la expresión de su rostro.

"Las diez ya. Verémos si viene—dijo Guillermina, que aún conservaba algunos resplandores de alegría en su cara.—Prometió venir; pero esa palabra no debe de ser tan de fiar como la de Manolo.

Y permaneciendo ambas en pié, la fundadora dijo esto á su amiguita:

"Esto no lo hago yo más que por tí... ¡meterme en vidas agenas! La impresión que saqué el otro día es que por el momento no es ella quien te le distrae. Sería una actríz consumada si así no fuese. Hoy, si viene, le echarémos la sonda más abajo á ver si sale algo. De todos modos, yo le sermonearé bien para que le haga caso, si él intentara... ¿Creerás una cosa? ¿Que esa mujer no me parece de mala índole? Y lo que es ahora, lo juraría, no hay nada, pero nada entre ella y tu marido.

Seguido

Su

Como venga hoy

Suertes,

reciba á cajas destempladas,

enteramente

—Podrá ser... Pero si usted hubiera visto la cara que me puso el otro día, una cara de rencor como usted no puede figurarse... A qué era ira, si no...

—Dice que después le pesó...

—¡Bribona!—exclamó Jacinta, apretando los dientes y los puños.

—Pero, en fin, hoy la tantearemos otra vez. Como quiera que sea, su sermoncito le llevo. Como yo me le he de llegar al alma... Y por si pronto que de diez á once debes marcharte ya, no sea que te pille aquí.

Después de un rato de silencio, Jacinta dijo con resolución: "Yo no me voy.

—¡Hija, qué me dices!... ¿Estás loca?

—Yo no me voy. Me esconderé en la alcoba. Quiero oir lo que diga...

—Eso no te lo consiento. ¿En mi casa escenas de comedia? No, no lo esperes.

—Pero qué tonta es usted, hija. ¿Qué mal hay en eso? .. Le digo á usted que no me voy.

—Pues te quedas aquí... ¡Ah! no, eso tampoco. Márchate, de mi alma, y no me pongas en mal paso. No es de mi carácter eso.

—Déjeme... ¡por Dios! ¿Pero qué le importa á usted?... vaya... Yo me meto en la alcoba y me estoy allí callandita.

—Hija, ni en los teatros resulta eso con sentido común... Para salir diciendo luégo "lo he oído todo"

—Yo no . No haré más que oir... Vamos, déjeme usted.

—Ya me figuraba yo que habías de salir con alguna tontería. Eres De esa manera me agradeces lo que hago por tí...

—¿Pero qué mal hay?... Vaya, que es usted terca. Pues que no me voy, que no me voy.

Sonó la campanilla.

"¿Apostamos á que es ella?... Lo siento—dijo Guillermina, asomándose á la puerta—gabinete.

Jacinta no creyó prudente discutir más, y sin decir nada metióse en la alcoba, cerrando

cuidadosamente las vidrieras. Guillermina no se conformaba con el escondite, y quiso salir con ánimo de recibir la visita en otra habitación; mas faltó la fatalidad que su prima Patrocinio, al ver entrar á Fortunata, la tomara por una de las muchas personas que iban allí á pedir socorros, y la introdujese, como si dijéramos, á boca de jarro, en el gabinete de la santa. Esta se vió algo confusa, sin saber cómo salir de aquel ~~que le parecía mal paso~~. "¡Ah! ¿era usted?... No la esperaba... Pase y tome asiento.

Fortunata, que iba vestida con mucha sencilléz, entró como entraría una planchadora que va á entregar la ropa. Avanzaba tímidamente, deteniéndose á cada palabra del saludo, y fué preciso que Guillermina la mandase dos ó tres veces sentarse para que lo hiciera. Su aire de modestia, su encogimiento que era el mejor signo de la conciencia de su inferioridad, hacíanla en aquel instante verdadero tipo de mujer del pueblo que por incidencia se encuentra mano á mano con las personas de clase superior. ~~Mucho~~ la cohibía lo delicado del asunto que se iba á tratar, y el temor de no saber usar ~~un lenguaje~~ en consonancia con que emplearía quien le hablaba, pues en todas las ocasiones difíciles recobraba su popular rudeza y se le iban de la memoria las pocas enseñanzas de lenguaje y modales que había recibido en su corta y accidentada vida de señora.

Pero lo verdaderamente singular era que Guillermina, tan dueña de su palabra normalmente, estaba también azorada aquel día, y no sabía ~~por dónde empezar~~. El escondite de ~~Santa~~ la llenaba de confusión, porque era un engaño y un fraude, ~~un tapujo~~. Era preciso empezar de alguna manera. Lo primero que á Guillermina se le ocurrió fué una ~~repetición~~ de lo que había dicho en la casa de Severiana. "Si quiere usted que seamos amigas y que le dé buenos consejos, es preciso que tenga conmigo mucha confianza y no me oculte nada, por feo y malo que sea. Hay en su vida de usted un punto muy oscuro. Usted está casada y no quiere á su marido; así me lo dijo usted el otro día. Crea que esto me ha dado qué pensar.

Lo primero que se me ocurre preguntarle es esto: ¿para qué se casó usted? Ya sé la respuesta. Se casó sin saber lo que hacía... respuesta escurridiza. Tenga usted más sinceridad, y más claro. La sinceridad es difícil; pero así como los niños, que confiesan por primera vez, no confesarían si el cura no les sacara los pecadillos con cuchara, así yo voy á ayudarle á usted preguntando y anticipándole la respuesta. Veremos si acierto... Cuando usted se determinó á casarse, ¿no había, allá en el fondo de su pensamiento, la reserva de que el matrimonio le permitiría pecar libremente, no digo que con éste y con el otro, sino con el que usted quería?

Fortunata miraba al techo recordando.

"¿No había esa reserva? A ver... busque usted bien.

—Puede que sí la hubiera — dijo la otra al fin, con voz muy apagada y trémula.—Puede que sí...

—¿Ve usted cómo salen las cuando se las quiere sacar?

—Pero también le diré á usted que yo no contaba con volverle á ver... Pensé que no se acordaba de mí. Yo me llegué á creer que podría ser buena y honrada... me lo tragué. ¿Pero qué fué ello? que él me buscó... sí señora, me buscó y me encontró. Sin saber cómo, me encontré que de repente el casamiento y mi marido se me puso á mil leguas de distancia. Yo no sé explicarlo, no sé explicarlo.

Guillermina, en cuanto la conversación se corría del lado de Juanito Santa Cruz, se aterraba. Quería apartarla de aquel extremo peligroso, por temor á que Jacinta oyese algo desagradable. No sabía cómo llevar el pensamiento de Fortunata á un terreno puramente ideal, libre de ciertas crudezas.

"Pero su conciencia... eso es lo que quiero saber.

—¡Mi conciencia!... esto sí que es raro... se lo cuento á usted como pasó... no se me alborotaba cuando ~~estaba cometiendo~~ aquel pecado tan ~~horrible~~... Le diré á usted más, aunque se horrorice... mi conciencia me aprobaba... ~~quiero decir~~ me decía una cosa muy atróz, me decía que mi verdadero marido...

—No siga usted—~~exclamó Guillermina~~ alarmadísima, creyendo sentir ruido en la alcoba.

—Porque si aquella mujer seguía diciendo tan grandes disparates, era fácil que la otra no se pudiese contener, y... No quería pensarlo.

—Verdaderamente es horrible. No siga usted. Está usted muy dañada.

—Pareciame á mi—prosiguió la dama sin poder contener la efusión de su sinceridad,—que aquel hombre me pertenecía á mi y que yo no pertenecía al otro... que mi boda era un engaño, una ilusión, ~~una comedia~~...

64

—Calle, calle por Dios...

—Pero aguárdese usted... A mí me había dado palabra de casamiento...

—¿Quién?...

—Me la había dado antes de casarse... Y yo había tenido un niño... Á mí me parecía que estábamos los dos atados para siempre, y que lo demás que vino después no vale... eso es, no vale.

Guillermina se llevó las manos á la cabeza... Discurrió que lo mejor era diferir la conferencia para otro día, pretextando que tenía que salir.

—Eso es muy grave. Hay que tratarlo despacio. Cierto que una promesa liga algo... No sostendré yo que ese joven se portó bien con usted. Pero el tiempo, la sociedad... y sobre todo, los derechos que usted podría tener, los ha perdido con su mala conducta.

—Yo no habría tenido mala conducta—dijo Fortunata envalentonándose, al ver en su interlocutora un inexplicable aturdimiento—si él no me hubiera plantado en medio del arroyo con un hijo dentro de mí.

La santa vacilaba... no sabía por dónde romper. ¡Ah! sin aquel peligroso testigo de Jacinta ya se habría explicado ella bien, metiendo á la atrevida debajo de sus zapatos.

—Usted, hija mía, está como trastornada—le dijo buscando modos de hacer insignificante la conversación.—El otro día me pareció usted más razonable... ¿qué mosca le ha picado...?

—¿Qué mosca?—dijo Fortunata con cierto extravío en la mirada.—¿Qué mosca?... pues una.

—Porque usted no se hace cargo de que ha pasado tiempo, de que ese hombre está casado con una mujer y..., y que...

En la fisonomía de Fortunata se encendió de improviso una luz vivísima. Fué como una au-

reola de inspiración que le envolvía toda la cara. Más hermosa que nunca, sacó de su cabeza gallardísimo argumento y se lo soltó á la otra como se suelta una bomba explosiva.

¡Pruuun! Guillermina se quedó atontada cuando oyó esta atrocidad.

"... sí, todo lo que usted quiera; pero *no tiene hijos*. Esposa que no tiene hijos, no es esposa.

Guillermina se quedó tan pasmada, que no pudo responder.

"Es idea mía—prosiguió la otra con la inspiración de un apostol y la audacia criminal de un ...ista.—Dirá usted lo que ...; pero es idea mía, y no hay quien me lo quite de la cabeza... Virtuosísima; pero no le puedo dar un heredero... Yo, yo, yo se lo he dado, y se lo puedo volver á dar...

—Por Dios... cállese usted... no he visto otro caso... ¡Qué idea!... ¡qué atrevimiento! Está usted condenada.

Y la ... llegó á tal grado de confusión, que no daba ya pié con bola.

"Yo estaré todo lo condenada que usted quiera... pero es mi idea, con esta idea me iré al Infierno, al Cielo ó á donde Dios ... que me vaya... ~~Y si usted me apura, le diré que no soy tan mala como se figura, yo.~~

La santa la miraba con verdadero espanto. Fortunata parecía estar fuera de sí y como el exaltado artista que no tiene conciencia de lo que dice ó canta.

"¿Por qué he de ser yo tan mala como ...? ... porque tengo una idea ¿No puede una tener una idea?... ¿Dice usted que la otra es ...? Yo no lo niego, yo no pretendo quitarle su mérito... Si ~~yo la admiro~~, si quisiera parecerme á ella en algunas cosas, en otras no, porque ella será para usted todo lo santa que se quiera, pero está por debajo de mí en una cosa

no tiene hijos, y cuando tocan á tener hijos, no me rebajo á ella, y levanto mi cabeza, sí señora... no los tendrá ya, porque está probado, y por lo que hace á que yo los pueda tener, también muy probado está. Es mi idea, es una idea mía. Y otra vez lo digo: la esposa que no tiene hijos, no vale... Sin nosotras las que los tenemos, se acabaría el mundo... ¡luego nosotras...

"Nada, nada, esta mujer está loca y no tendré más remedio que ponerla en la calle—pensó Guillermina.—¡Y qué trago estará pasando la otra pobre, oyendo tales lindezas!

La mirada [illegible] en ella cierta exaltación insana. No era la misma mujer con quien había hablado dos días antes.

"Hay que cortar—pensó, buscando el medio de hacerlo. Esto no puede seguir.

Ya tenía la palabra en la boca para [illegible], cuando se sintió un ruido como de mano golpeando en los cristales, y una voz que llamaba por su nombre á Guillermina. Era Bárbara que llamaba desde el mirador inmediato al del gabinete de la santa. Asomóse ésta. Afortunada oyó claramente la voz de doña Bárbara diciendo: "¿Está ahí Jacinta?"

III

Guillermina vaciló antes de dar respuesta. Por fin dijo: "¿Jacinta?... No, aquí no está." Poco más hablaron las dos damas, y Guillermina volvió al lado de la visita; pero la [illegible] que se había visto obligada á decir trastornaba de tal modo su espíritu, que no parecía la misma mujer de siempre, segura, impávida y dueña de su palabra como [illegible]. La mentira y el escondite [illegible] de Jacinta [illegible] en la situación más crítica del mundo, porque [illegible] bía hecho á la verdad y vivía en ella como los peces en el agua. Estaba la pobre señora, con aquellos escrúpulos, como pez á quien sacan de su elemento. [illegible]

M.C.D.2020

"Hija mia, usted está hoy un poco ~~[illegible]~~ nada. Bien quisiera poderla oir, consolarla... pero tiene que dispensarme por hoy... Otro dia...

—Tiene usted que salir—dijo la ~~[illegible]~~ con pena—Bueno, volveré; yo tengo que contarle á usted una cosa... Si no se la cuento á usted, ~~[illegible]~~ ¡Ay! una cosa que me ha pasado ayer... ¡grave, muy grave.

Guillermina ~~se sentó junto á ella~~, diciendo para sí: "¿qué será?

"Si persiste usted—agregó en voz alta,—en tener esas ideas ~~tan [illegible]~~, es difícil que yo le pueda dar consejos. No nos entenderémos nunca.

En aquel momento ~~[illegible]~~ clavaba sus ojos en la santa. Se le estaba pareciendo á Mauricia la Dura... la cara no era la misma; pero la expresión sí... y la voz, la voz se le habia enronquecido como la de las personas que beben mucho aguardiente.

"¿En qué piensa usted? ¿Por qué me mira tanto?—le preguntó Guillermina, que ya estaba impaciente por ~~concluir~~.

—La miro á usted porque me gusta mirarla... Anoche y anteanoche, y todos los días desde aquel en que hablamos, la tengo á usted metida dentro de mis ojos, la veo cuando duermo y cuando no duermo. Ayer cuando me pasó lo que me pasó, dije: "No tengo sosiego hasta que no se lo cuente á la señora.

Guillermina, movida de gran curiosidad, le tomó una mano, diciéndole en voz baja:

"Cuente usted... Ya oigo.

"Pues ayer—continuó con los ojos bajos, alzándolos al final de cada frase, como poniendo con ellos las comas más que con el acento,—pues ayer... iba yo tan tranquila por la calle de la Magdalena, pensando en usted... porque siempre estoy pensando en usted y... me paré á ver el escaparate de una tienda donde hay tubos y llaves de agua... Ni sé por qué me paré allí, porque ¿qué me importan á mí los tubos?... cuando sentí á mi espalda... bien aquí detrás del cuello, una voz... ¡Ay, señora! la voz me sonó aquí detrás junto á estos pelitos que tenemos donde nace la cabellera y fué como si me entraran una aguja muy fina y muy fría... Me quedé... volvíme... le vi... se sonreía.

Guillermina hizo un movimiento para taparle la boca; pero ella no dijo más.

"Yo no podía hablar... Me quedé como una estátua; me dieron ganas de llorar, de echar á correr ó de no sé qué.

—No le diría á usted nada de particular—indicó muy asustada, tratando de quitar gravedad al asunto.—Nada más que un saludo... cortés.

—¿Qué saludo?... Verá usted. Me dijo: "¿Chiquilla, qué es de tu vida?"

Yo que yo decía; nada más que un saludo... natural.

¡Pero me lo dijo de un modo!... Yo no le pude contestar... Di media vuelta, y él me cogió una mano.

—Vamos, vamos, yo no puedo oir esas cosas —declaró Guillermina, que no podía aguantar más la situación en que estaba.—Otro día me contará usted eso...

—No, si no hay más... Yo retiré mi mano, y me fuí sin decirle nada... No tuve ~~valor~~ para seguir adelante sin mirar para atrás, y miré y le ví... ~~me seguía~~ á distancia. Apresuré el paso y me metí en mi casa...

—Muy bien hecho, muy bien hecho...

—Pero aguárdese usted—dijo Fortunata que ya no estaba exaltada, sino en un grado de humildad ~~casi increible~~, y su tono era el de los penitentes muy afligidos, que no pueden con el peso de sus culpas.—Aún falta lo mejor. Después de que le ví, se me ha clavado de tal manera en el pensamiento la idea de... Es una idea mía, es muy mala, señora... pero usted ~~es mi confesor, y usted~~ es una santa, y ~~usted~~ me la quitará de la cabeza... por eso no tengo sosiego hasta no decírsela...

—Basta, basta, no quiero, no quiero.

—Que sí quiere—~~dijo Fortunata~~ reteniéndola por ambas manos, pues ~~Guillermina~~ hizo ademán de apartarse de ella.

—Una idea infame... la idea de pecar otra vez...—~~balbució~~ Guillermina.—¿Es eso?...

—Eso es... pero verá ~~usted~~. Yo quiero echarla, pero á veces me ocurre que no debo echarla, que no peco...

—¡Jesús!

—Que así debe ser, que así está dispuesto—añadió la señora de Rubín volviendo á exaltarse y á tomar la expresión del ~~nihilista~~ que arroja la bomba explosiva para hacer saltar á los poderes de la tierra.—Es una idea mía, una idea muy perra, una idea negra como las niñas de los ojos de Satanás... y no me la puedo arrancar.

—Cálleso usted...

Guillermina se puso muy seria al mismo tiempo que se [illegible], vacilando como una persona que se va á caer. Tiempo hacía, mucho tiempo, que la santa fundadora no se había encontrado en situación semejante. Sentíase atada y sin libertad, y esto la ponía fuera de sí, desdiciendo aquella serenidad soberana que normalmente tenía. Aún intentó un esfuerzo para dominar situación tan penosa, y echando miradas de alarma á la vidriera de su alcoba, dijo:

Pero usted... no reflexiona...

No pudo concluir esta frase. La otra, que siendo la cifra de todas las debilidades humanas, parecía más fuerte que la gran doctora y santa, se permitió sonreir oyendo aquello del reflexionar.

"¿Y qué saco de reflexionar? Mientras más reflexiono peor.

—Veo que usted no tiene atadero... Con esas ideas, pronto volveríamos al estado salvaje.

Con sonrisa sarcástica y un expresivo alzar de hombros, dió á entender Fortunata que por ella no había inconveniente en que la sociedad volviera al estado salvaje...

"Usted no tiene sentido moral; usted no puede tener nunca [illegible], porque es anterior á la religion; usted es una salvaje y pertenece de lleno á los pueblos primitivos." Esto ó cosa parecida le hubiera dicho Guillermina si su espíritu hubiera estado en otra disposición. Unicamente dijo algo que tenía cierta relación con aquellas ideas: "Tiene usted las pasiones del pueblo, brutales y [illegible]"

...Así era la verdad, porque el pueblo en nuestras sociedades, conserva las ideas y los sentimientos elementales en su tosca plenitud, como la cantera contiene el mármol, materia de la forma. El pueblo posee las verdades grandes y en bloque y á él acude la civilización cuando se le gastan las menudas, de que vive.

De repente Fortunata vaciló en su ánimo. Parecía una fuerza nerviosa que caía en brusca sedación. La otra, en cambio, se creció de repente por una sacudida de su conciencia. "Ya no más, ya no más mentira. No puedo, no puedo..."

~~En tanto que~~ cruzó las manos, su cara se puso muy encendida y sus ojos iluminados. ~~Fortunata~~ atónita oyéndole decir estas palabras con un acento que parecía ser de otro mundo.

"Salva, Jesús mío, esta alma que se quiere perder, y apártame á mí de la mentira. Después se llegó á ella y le cogió una mano, diciéndole con profunda ~~pena~~: "¡Pobre mujer! yo tengo la culpa de las atrocidades que ha dicho usted, yo, yo, no me lo perdono, y la causa ha sido una farsa, una mentira. ~~No me la perdono~~... La verdad ante todo. La verdad me ha salvado siempre y me salvará ahora. Usted ha dicho cosas infernales que desgarran el corazón de mi amiga, y las ha dicho porque creía que hablaba sólo conmigo. Pues la he engañado á usted, porque Jacinta está escondida en aquella alcoba...

Diciéndolo, la santa corrió la puerta vidriera y la empujó. Fortunata, que estaba sentada frente á la puerta aquella, levantó de golpe, quedándose yerta y muda. Jacinta no apareció. Se oyeron tan sólo sus sollozos. Estaba sentada en una silla con la cabeza apoyada en la cama de [illegible]. Ésta se fué á ella, y le dijo: "Perdónala, querida mía, que no sabe lo que se dice.

—Y usted...—añadió, saliendo á la puerta,—bien comprenderá que debe retirarse. Hágame el favor...

Quizás todo habría concluido de un modo pacífico; pero Jacinta se levantó de repente, poseída de la rabia de paloma que en ocasiones le entraba. El caso no era para menos. De un salto salió al gabinete. Estaba amoratada de tanto llorar y de tantísima cólera como sentía... No podía hablar... se ahogaba. Tuvo que hacer como que escupía las palabras para poder decir con gritos intermitentes: "¡Bribona... infame, tiene el valor de creerse!... no comprende que no se la ha mandado á la galera, porque la justicia... porque no hay justicia... ..... Y usted... (por Guillermina) no sé cómo consiente, no sé cómo ha podido creer... ¡qué ignominia!... esta mujerzuela aquí, en esta casa... ¡qué afrenta!... ¡Ladrona...!

Fortunata, en el primer movimiento de sorpresa y temor, había dado una vuelta y puestóse tras el sillón en que poco antes estaba sentada. Apoyó las manos en el respaldo, y agachó el cuerpo y meneó las caderas como los tigres que van á dar el salto. Miróla Guillermina, sintiendo el [illegible] más grande que en su vida había sentido... Fortunata agachó más la cabeza... sus ojos negros, situados contra la claridad del balcón, parecía que se le volvían verdes. Dieron un relámpago de luz eléctrica. Al propio tiempo dejó oir una voz ronca y terrible que decía: ¡La ladrona eres tú... tú! Y ahora mismo...„

La ira, la pasión y la grosería del pueblo se manifestaron en ella de improviso con explosión formidable. Volvió á la niñéz, á aquella época en que trabándose de palabras con alguna otra zagalona de la plazuela, se agarraban por el moño y se sacudían de firme, hasta que

los mayores las separaban. No parecía ser quien era, ni debía de tener conciencia de lo que hacía. Jacinta y Guillermina se acobardaron un momento; pero luégo la primera lanzó un grito de angustia, y la santa salió á pedir socorro. No tuvo tiempo Fortunata de prolongar su altercado ni de volver en sí, porque apareció en la puerta el criado de Moreno, que era un inglesote como un castillo, y á poco vino también doña Patrocinio, y después el mismo Moreno.

Fortunata no se dió cuenta de nada... Tenía después una idea vaga de que la mano del inglés la había cogido por un brazo, apretándoselo tanto que le dolía al día siguiente; de que le habían sacado del gabinete, de que le habían abierto la puerta y de que iba bajando la escalera.

Todos acudieron á Jacinta que había perdido el conocimiento, y Moreno, poniendo una cara consternada, se dejó decir: "Estas cosas le pasan á mi querida tía por meterse á redentora."

IV

Bajó Fortunata los peldaños riendo... Era una risa estúpida [illegible]. "¡Á mí, si no me echan la cojo... le levanto... pero no sé... [illegible] araña de la cara? ¡Á mí decirme! Si le pego un bocado no la suelto..." Y reía alternando la risa con un frase de esas que daba pavor. Le temblaban tanto las piernas, que al llegar á la calle apenas podía andar. La luz y el aire parecía que le despejaban algo la cabeza, y empezó á darse cuenta de la situación. ¿Pero era verdad lo que había dicho y hecho? No estaba segura de haberle pegado; pero sí de que le había dicho... ¿Y para qué la otra la había llamado á ella *ladrona*?... Sin saber lo que hacía se metió en el portal de la casa de Santa Cruz... Sorprendióse á sí misma en el impulso mecánico de ir derecha hacia la escalera como persona acostumbrada á subir por ella. Sintió un sacudimiento y pavor, y salió á escape á la calle. La suerte que no había nadie en la portería. Subió por la calle de la Paz, pasando á cada instante de una acera á otra sin saber qué hacía. Parecía una borracha.

"¿Pero yo qué he hecho?... ¡Oh! bien hecho

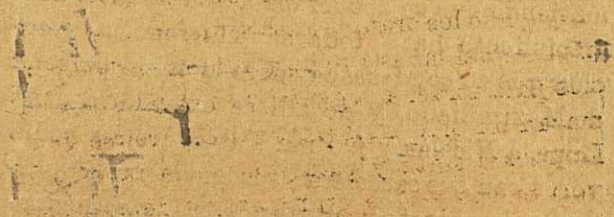
está... Llamarme á mí *ladrona*, ella que me ha robado lo mío!„ Se volvió para atrás, y como quien echa una maldición, dijo entre dientes: „Tú me llamarás lo que quieras... Llámame ~~ladrona~~ y tendrás razón... ~~Llámame más todavía y tendrás razón~~... pero tú no has tenido hijos! Y yo sí... Es mi idea, una idea ~~fija~~... Rabia, rabia, rabia... Y no los tendrás, no los tendrás nunca, y yo sí... Rabia, rabia, rabia...„

Más allá del Banco volvió á reirse. Su monólogo era así: „Lo mismo que la otra, la ~~mujer~~ del Espíritu Santo... Doña Mauricia, digo, Guillermina la Dura... Quiere hacernos creer que es santa... ¡buena pua está! Harta de retozar con los curas se quiere hacer la obispa católica y meterse en el confesonario... Perdida, borrachona, hipocritona... pua de sacristía, amancebada con todos los clérigos... con el Nuncio y con San José...„

De pronto sus ideas variaron, y sintiendo dolorosa angustia en su alma, como impresión de horrible vacío, pensó así: „¿Pero á quién me volveré ahora? ¡Dios mío, qué sola estoy! ¡Por qué te me has muerto, amiga de mi alma, Mauricia!... Por más que digan, tú eras un ángel en la tierra, y ahora estás divirtiéndote con los del Cielo; y yo aquí tan solita! ¿Por qué te has muerto? Vuélvete á vivir... ¿Qué es de mí? ¿Qué me aconsejas? ¿Qué me dices?... ¡Qué ganas siento de llorar! Sola, sin nadie que me diga una palabra de consuelo... ¡Oh! qué amiga me he perdido... Vuelve á vivir... Mira que estoy huérfana y los huerfanitos de tu asilo están llorando por tí... Los pobres ~~que tú~~ socorrías te llaman. Ven, ven... Señor Pépe te ha hecho los gatillos... le ví esta mañana en la fragua, machacando, tín, tán... Mauricia, amiga de mi alma, vén y las dos juntas nos contarémos nuestras penas, hablarémos de cuando nos querian nuestros hombres y de lo que nos decian cuando ~~se acostaban con nosotras~~, y luégo beberémos aguardiente las dos, porque yo también quiero el aguardientito, como tú, que estás en la gloria, y lo beberé contigo para que se me duerman mis penas, sí, para que se me ~~duerman~~ emborrachen mis penas.

su casa. Enteramente trastornada, andaba como una máquina. No había nadie más que Papitos, á quien vió, mas no le dijo nada. Encerróse en su alcoba, tiró el manto y se echó en el sofá, dando un rugido. Después de revolcarse como las fieras heridas, se puso boca abajo, oprimiendo el vientre contra los muelles del sofá, y clavó los dedos en un cojín. No tardó en caer en profundo letargo, lleno de visiones horribles y disparatadas. No cuenta del tiempo que estuvo en tal disposición. Cuando volvió en sí había poca luz en el cuarto. Fijándose bien, distinguió la cara escrutadora de doña Lupe que la observaba... "¿Qué tienes?... Me has asustado, hija. Dabas unos mugidos, y de pronto te echabas á reir... y se te escapaban unas palabritas..." A las reiteradas y capciosas preguntas de doña Lupe contestaba evasivamente y con mucha torpeza. "¿En dónde has estado hoy? Tú has salido."— "Fuí á comprar aquella tela..."—"¿Y dónde está?"—"¿Que donde está la tela?... pues no sé..."—"Parece que estás loca. A tí te pasa algo. Levántate de ese sofá."

Pero no se levantaba. Empezó á sospechar doña Lupe que aquel espíritu estaba trastornado y tembló. Vinieron á su pensamiento pasadas vergüenzas y desdichas, y se prometió vigilar mucho. Estuvo la señora de morros toda la noche, y Fortunata de más morros todavía, sintiendo que se apoderaba de su alma el desvanecimiento hacia toda aquella familia, aversión que se condensaba sobre la triste persona de Maximiliano, y de allí se extendía á doña Lupe, á Nicolás y á Juan Pablo. No les podía ver. Eran sus carceleros, sus enemigos. Si estaba en el gabinete y entraba doña Lupe, tenía prisa. A donde quiera que ella iba, seguíala doña Lupe. Fortunata se sentía vigilada, y el rechinar de las zapatillas de su tía le producía violentísima ira. Al día siguiente después de almorzar, y cuando Maxi se había marchado á la botica, tuvo tanto miedo Fortunata que la ira estallase, que para evitarlo se ató una venda á la cabeza, fingiendo que le dolía, y ence-



M.C.D.2020

trándose en su alcoba, cerró en el acto, al punto le entró otra vez la borrachera aquella. Primero veía los objetos dobles, después marchando de izquierda á derecha. Cerrando fuertemente los ojos, veía dentro de la bóveda oscura que encierra nuestra visión estrellitas de colores diversos, irradiaciones como las de los fuegos artificiales, los ejes de los discos se multiplicaban, y los radios se movían unos á otros, enzarzándose como los dientes de ruedas en la máquina de un reloj.

En tal situación siente vivos impulsos de salir á la calle; se levanta, se viste, pero no está segura de haberse quitado la venda. Sale y se dirige á la calle de la Magdalena, y se para ante el escaparate de la tienda de tubos, obedeciendo á esa rutina del instinto por la cual, cuando encontramos á una persona en determinado sitio, volvemos al propio sitio creyendo que la encontraremos segunda vez. ¡Cuánto tubo! Llaves de bronce, grifos y multitud de cosas para llevar y traer el agua... Estuvo allí mediano rato viendo y esperando. Después siguió hacia la plaza del Progreso. En la calle de Barrionuevo se detiene en la puerta de una tienda donde vende al martillo. En la puerta hay piezas de tela desenvueltas y colgadas haciendo ondas. Fortunata las examina, y coge algunas telas entre los dedos para apreciarlas por el tacto. ¡Qué bonita es esta cretona! Dentro hay un enano, un mónstruo, vestido con balandrán rojo y turbante, alimaña de transición que se ha quedado á la mitad del camino darwinista por donde los orangutanes vinieron á ser hombres. Aquel mónstruo hace allí mil extravagancias para atraer á la gente, y en la calle se apelmazan los chiquillos para verle y reirse de él. Fortunata sigue y para junto á la taberna en cuya puerta está la gran parrilla de asar chuletas, y debajo el enorme hogar lleno de fuego. La tal taberna tiene para ella recuerdos que la sacan tiras del corazón... Se mete por la Concepción Jerónima, y el gentío la obliga á pasar frecuentemente del empedrado á la acera y viceversa. Párase ante un escaparate de cajas de muerto, y las examina una á una. Sube por el

M.C.D.2020

callejón del Verdugo á la plaza de Provincia. Ve los puestos de flores, y allí duda si tirar hacia Pontejos, á donde la empuja su pícara idea, ó correrse hacia la calle de Toledo. Opta por esta última dirección, sin saber por qué. ¿Qué tiene ella que hacer en la calle de Toledo? Nada, absolutamente nada. Y no obstante, se deja ir por la calle Imperial y se detiene frente al portal del Fiel Contraste á oir un pianito que está tocando una música muy preciosa. Éntranle ganas de bailar, y quizás baila algo: no está segura de ello. Ocurre entonces una de estas obstrucciones que tan frecuentes son en las calles de Madrid. Subía un carromato de siete mulas ensartadas formando rosario. La delantera se insubordinó metiéndose en la acera, y las demás tomaron aquello por pretexto para no tirar más. El vehículo, cargado de pellejos de aceite, con un perro atado al eje, la sartén de las migas colgando por detrás, se plantó, á punto que llegaba por detrás el carro de la carne, con los cuartos de vaca chorreando sangre, y ambos carreteros empezaron á echar por aquellas bocas las finuras de costumbre. No había medio de abrir paso, porque el rosario de mulas hizo una curva, y dentro de ella fué cogido un simón que bajaba con dos señoras. Éramos pocos... A poco llegó un coche de lujo con dos señoras de chistera. Que si pasas tú, que si te apartas, que para arriba y que para abajo, y que patatín y que patatán. El carretero de la carne ponía á Dios de vuelta y media, como si tuviera la culpa de lo que ocurría, y palo á las mulas, que empezaron á respingar, y una de estas coces cogió la portezuela del simón y la deshizo... Gritos, palos, y el carromatero empeñado en que la cosa se arreglaría poniendo á Dios, á la Virgen, á la hostia y al Espíritu Santo que no había por donde cogerlos.

Y el pianito seguía tocando aires populares, que parecían encender con sus acentos de pelea la sangre de toda aquella chusma. Varias mujeres que tenían en la cuneta puestos ambulantes de pañuelos, recogían á escape su comercio, y lo mismo hicieron los de la *gran liquidación por saldo*, á real y *medio la pieza*. Un individuo que sobre una mesilla de tijera exhibía el gran invento para cortar cristal, tuvo que salir á espeta perros y otro que vendía los lápices más fuertes del mundo (como que daba con ellos tremendos picotazos en la madera sin que se les rompiera la punta), también recogió los bártulos, porque la mula delantera se le fué encima. Fortunata miraba todo esto y se reía. El piso estaba húmedo y los piés se resbalaban. De repente, ¡ay! creyó que le clavaban un dardo. Bajando por la calle Imperial, en dirección al gran pelmazo de gente que se había formado, venía Juanito Santa Cruz. Ella se empinó sobre las puntas de los piés para verle y ser vista. Milagro fuera que no la viese. La vió al instante y se fué derecho á ella. Temblaba Fortunata, y él le cogió una mano preguntándole que cómo estaba. Como el pianito seguía blasfemando y los carreteros tocando, ambos tuvieron que alzar la voz para hacerse oir. Y al mismo tiempo oyó Fortunata una voz muy conocida que gritaba: "sin vergüenza, puerca, te voy á descuartizar... Lástima que no te hubieras abrasado viva. Pero lo más particular de todo, fué que Juanito puso una cara muy afligida, al llevarla dentro del portal del Fiel Contraste y decirle: "Me he arruinado, chica, y para mantener á mis padres y á mi mujer, estoy trabajando de escribiente en una oficina... Pretendo una plaza de cobrador de un tranvía. ¿No ves lo mal trajeado que estoy? Fortunata le miró, y sintió un dolor tan vivo como si le hubieran dado una puñalada. En efecto; la capa de Juanito tenía

M.C.D.2020

un sieté muy grande, y debajo asomaba una americana con los ribetes deshilachados, una corbata mugrienta, y el cuello de la camisa de dos semanas... Entonces ella se dejó caer sobre él, y le dijo con efusión cariñosa: "Alma mía, yo trabajaré para tí, yo tengo costumbre, tú no; sé planchar, sé repasar, sé servir... tú no tienes que trabajar... yo para tí... Con que me sirvas para ir á entregar, basta... no más. Viviremos en un sotabanco, solos y tan contentos. El carromatero tenía la voz de doña Lupe y no se metía ya con Dios, sino que decía: "te voy á mandar otra vez al basurero donde estabas, allá con los cerdos, tus hermanos, cochina, indecente... Entonces empezó á ver que las casas y el cielo se desvanecían y Juanito no estaba ya de capa sino con un gabán muy majo. Las casas, los carros, se fueron, y en su lugar vió Fortunata algo que conocía muy bien, la ropa de Maxi, colgada de una percha, la ropa suya en otra, con una cortina de percal por encima; luégo la cama, reconociendo pedazo á pedazo la alcoba, y la voz de doña Lupe ensordecía la casa riñendo á Papitos porque, al aviar las lámparas, había vertido casi todo el mineral, poniéndose toda hecha una lástima... y gracias que fué de día, que si es de noche y hay luz, incendio seguro.

V

Y lo que había soñado se le quedó á la señora de Rubín tan impreso en la mente cual si hubiera sido realidad. Le había visto, le había hablado. Completó su pensamiento, amenazando con el puño cerrado á un sér invisible: "Tiene que volver... ¿Pues tú que creías. Y si él no me busca, le buscaré yo... Yo tengo mi idea, y no hay quien me la quite. Incorporóse después, quedándose apoyada en un codo y mirando al suelo. Sus ojos se fijaron en un punto del suelo. Con rápido impulso salió ha-

cia aquel punto y recogió un objeto. Era un botón... Mirólo con tristeza y después lo arrojó con fuerza lejos de sí, diciendo: "es negro y de tres *aujeritos*„ Volvió á quedarse meditabundo. "Porque si le encuentro y no quiere venir, me mato, juro que me mato. No vivo más así, Señor, te digo que no me da la gana de vivir más así. Yo veré el modo de buscar en la botica un veneno cualquiera que mate pronto... Me lo tomo, y me voy con Mauricia.„ Esta idea pareció darle cierto aplomo, y salió del cuarto. En pocas palabras la puso doña Lupe al tanto de la gran burrada que había hecho Papitos. "Nada, hija, que si es de noche y se vierte el mineral con la luz encendida, aquí perecemos todos achicharrados... Es muy perra esta chica y estoy hasta en toda la extensión de la palabra.„

Pasado el berrinche, se fijó en la cara de su sobrina, encontrando en ella un oscurísimo jeroglífico que no podía descifrar: "Pero estate sin cuidado que ya te lo descifraré yo... Conmigo no juegas tú. Me pondré alerta para no consentir nada que sea contrario al decoro de la familia.„

Aquella noche, Maximiliano hizo mil extravagancias, y á la mañana siguiente se puso tan encalabrinado y violento, que no se le podía aguantar. Todos estaban, según él, en contra suya, y le hacían la vida imposible. "Hay que tener mucha paciencia — dijo doña Lupe á Fortunata. Que lo que realmente tenía era un desórden inverecundo. —¿Sabes lo que te aconsejo? Que no le lleves la contraria en nada. Hay que decirle á todo que sí, sin perjuicio de hacer lo que se deba. El pobrecito está mal. Me ha dicho esta mañana Ballester que tiene reblandecimiento cerebral. Dios nos tenga de su mano.

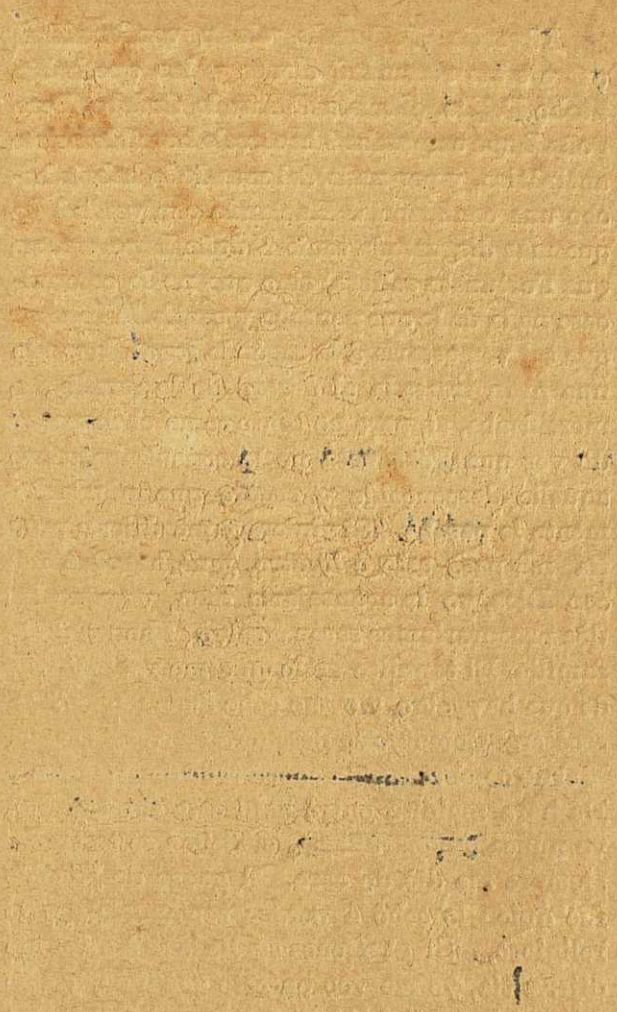
Sentía Fortunata deseos muy vivos de salir á la calle, y no sabía qué pretexto inventar para

procurarse escapatorias. ¿No sería lo mejor salir, sin dar cuenta, desafiando las iras de toda la familia? No; su instinto le recomendaba la astucia y la prudencia. Ofrecíase á hacer compras de que doña Lupe tenía necesidad, é inventaba menesteres que motivaran una salidita. La taimada viuda de Jáuregui comprendió que una sujeción absoluta sería perjudicial, y empezó á darle libertad. Un día le leyó la cartilla en estos términos: "Puedes salir; no eres una chiquilla, y ya sabes lo que haces. Yo creo que no nos darás ningún disgusto, y que has de mirar por el decoro de la familia lo mismo que miro yo. A mí no se me escapa nada, y la que me la da á mí, muy lista tiene que ser. Conque mucho ~~el decoro~~, hija, ~~el decoro~~ es lo primero.

La dignidad.

La dignidad.

Advertía Fortunata cierta conformidad entre estas recomendaciones y las que había hecho Feijóo. ¿Sería así? Aún lo dudaba. Pero doña Lupe empezaba á hacérsele horriblemente antipática, y por nada del mundo le habría hecho una confidencia. Hablando con verdad, lo que más disgustada tenía á doña Lupe era, no que Fortunata saliese, sino que no le comunicase nada de lo que pensaba y sentía. Al pensar que tal vez estaría á la sazón la joven jugando una gran trastada al decoro de la familia, la mortificaba, sí, pero no tanto como el despecho de ver que [illegible] no le consultaba sobre aquello desconocido y oscuro que indudablemente le [illegible]. "Si viniera y me dijera: pues tía, me pasa esto ó lo otro, ¿qué hago? Anda con Dios, yo la aconsejaría bien, y entre las dos procuraríamos sacar á salvo el honor de la familia. El tapujito es lo que me revienta. Y de que hay algo, no me cabe duda. La cabra, etcétera. Como yo lo descubra va á ser sonada. Ya [illegible] desconcertado de la cabeza... En hora maldita entró aquí esta [illegible]. No, yo nunca fui partidaria, el Señor es testigo... siempre me dió de cara. El ganso de Nicolás fué quien lo echó á perder tomándolo por lo religioso... Si al menos se llegara á mí y me dijera: tía, yo me veo en este conflicto, yo he faltado ó voy á faltar, ó puede que falte si no me atajan. Demasiado sabe ella que con este mundo que yo tengo y con lo bien que discurro, gracias á Dios, le abriría camino para dejar á salvo el honor de la familia. Pero no... la muy bestia se empeña en gobernarse sola, ¿y qué hará?... Alguna barbaridad, pero gorda. Allá lo veremos. Desde hoy estoy con cada ojo... Ya lo digo, á otra se la darán, pero lo que es á esta hija de mi madre... Razón tenía Mauricio, que me llamaba Cánovas, el mónsturo... No, yo digo que el mónstruo es ella... Buena monstruosidad nos está preparando.



M.C.D.2020

Fortunata se echó á la calle, y en la Plaza del Progreso vió muchos coches; pero muchos. Era un entierro, que tomó por la calle del Duque de Alba hacia la de Toledo. Por las caras conocidas que fué viendo mientras el cortejo fúnebre pasaba, comprendió que el entierro era el de Arnaiz el Gordo, que se había muerto el día antes. Pasó D. Cayetano Villuendas, los Samaniegos, Moreno-Isla... Pues irían también D. Baldomero y su hijo... quizás en los coches de delante, haciendo cabecera... "Toma, también va Estupiñá." Desde el simón en que iba con uno de los *chicos*, el gran Plácido le echó una mirada de indignación y desprecio.

Siguió ella tras el entierro, y al llegar á la parte baja de la calle de Toledo, tomó á la derecha por la calle de la Ventosa y se fué á la esplanada del Portillo de Gilimón, desde donde se descubre todo el valle del Manzanares. Harto conocía ella aquel sitio, porque cuando vivía en la calle de Tabernillas, íbase muchas tardes de paseo á Gilimón, y sentándose en un sillar de los que allí hay, y que no se sabe si son restos ó preparativos de obras municipales, estábase largo rato contemplando aquellas vistas tan bonitas. Pues lo mismo hizo aquel día. El cielo, el horizonte, las fantásticas formas de la sierra azul revueltas con las masas de nubes, le sugerían vagas ideas de un mundo desconocido, quizás mejor que este en que estamos; pero seguramente distinto. El paisaje es ancho y hermoso, limitado al Sur por la fila de cementerios, cuyos mausoleos blanquean entre el verde oscuro de los cipreses. Fortunata vió el entierro de Arnaiz, cuya larga fila de coches como culebra que avanzaba ondeando, y al mismo tiempo otro entierro subía por la rampa de San Isidro, y otro por la de San Justo. Como el viento venía de aquella parte, oyó claramente la campana de San Justo que anunciaba cadáver. El cortejo fúnebre de Arnaiz era el más largo de los que se veían. Subió hacia el altozano de San Isidro, y la culebra se descompuso al fin, deslizando sus vértebras de coches,

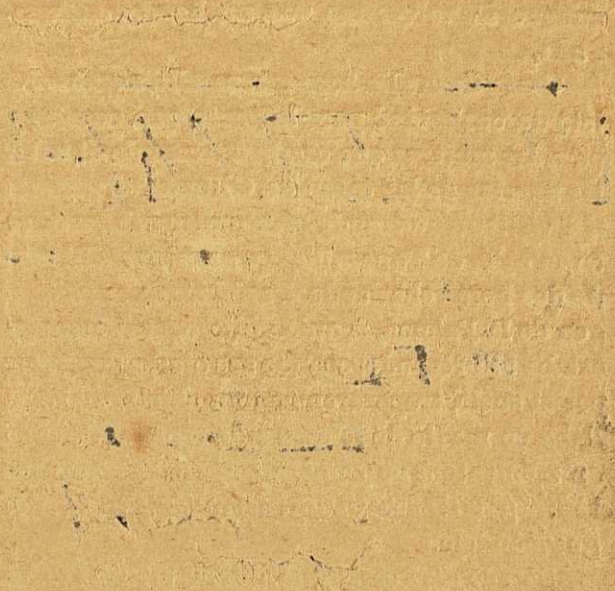
84

"Estará con su papá—pensó ~~fortunata~~,—y aunque al volver me vea, no ha de decirme nada.

~~Cerca de media hora estuvo allí, siendo objeto de curiosidad para la gente que pasaba y para las mujeres que estaban tomando el sol á las puertas de las casas de Gilimón.~~ Ocurrióle ir á visitar á unas amigas de quienes fué vecina en la calle de Tabernillas, y se estuvo allí ~~más de dos~~ horas charlando. Pasó luégo por la Virgen de la Paloma, á quien dijo cuatro cosas, y estaba ~~allí~~ rezando, cuando sus ojos, al resbalar por el suelo, tropezaron con un objeto que brillaba en medio de ~~la estera de esparto~~. Púsose un momento á gatas para cogerlo. Era un botón. "¡Es blanco y de cuatro *aujeritos*! dijo guardándolo.

Se fué á su casa, y al día siguiente salió á comprar tela para un vestido. Estuvo en dos tiendas de la Plaza Mayor, tomó después por la calle de Toledo, con su paquete en la mano, y al volver la esquina de la calle de la Colegiata para tomar la dirección de su casa, recibió como un pistoletazo esta voz que sonó á su lado: ¡Negra!

¡Ay Dios mío! encontrársele así tan de sopetón precisamente en uno de los pocos instantes en que no estaba pensando en él. Como que iba ~~pensando en~~ la combinación que le pondría al vestido. ¿Azul ó plata vieja? Le miró y se puso ~~más pálida que la cera~~. Él entonces ~~puso~~ un simón que pasaba. Abrió la portezuela ~~y le~~ miró sonriendo ~~haciendo un signo~~ que quería decir: ¿Vienes ó no? Si estás rabiando por venir... ¿á qué esa vacilación?



M.C.D.2020

La vacilación duraría como medio segundo. Y después Fortunata se metió en el coche de cabeza, como quien se tira en un pozo. Él entró detrás, diciendo al cochero: "Mira, te vas hacia las Rondas... paseo de los Olmos... el Canal.„

Durante un rato se miraban, sonreían y no decían nada. Á ratos Fortunata se inclinaba hacia atrás, como deseando no ser vista de los transeuntes; á ratos parecía tan tranquila, como si fuera en compañía de su marido.

"Ayer te vi... digo, no te vi... Ví el entierro y me figuré que irías en los coches de delante.

Los ojos de ella le envolvían en una mirada suave y cariñosa.

"¡Ah! sí, el entierro del pobre Arnaiz... Dime una cosa, ¿me guardas rencor?

La mirada se volvió húmeda.

"¿Yo?... ninguno.

—¿Á pesar de lo mal que me porté contigo?...

—Ya te lo perdoné.

—¿Cuándo?

—¡Cuándo! gracia! Pues el mismo día.

—Hace *nena negra*, que me estoy acordando mucho de tí—dijo Santa Cruz con cariño que no parecía fingido, clavándole una mano en un muslo.

—¡Y yo!... Te ví en la calle Imperial... no, digo, soñé que te ví.

—Donde me viste fué en la calle de la Magdalena.

—¡Ah! sí... la tienda de tubos muchos tubos.

Aun con este lenguaje amistoso, no se rompió la reserva hasta que no salieron por la Puerta de Toledo. En la Ronda, el aislamiento les invadía. El coche penetraba en el silencio y en la soledad, como un buque que se hace en alta mar.

"¡Tanto tiempo sin vernos!—exclamó Juan pasándole el brazo por

—¡Tenía que ser, tenía que ser!—dijo ella inclinando su cabeza sobre el hombro de él.—Es mi destino.

—¡Qué guapa estás! ¡Cada día más hermosa!

—Para ti toda—exclamó ella poniendo toda su alma en una frase.

—Para mí toda—dijo él, y cuando acabó la frase ya se habían estrujado las caras una contra otra.—Y no me la merezco, no me la merezco. Francamente, chica, no sé cómo me miras.

—Mi destino, hijo, mi destino. Y no me pesa, porque yo tengo acá mi idea, ¿sabes?

Santa Cruz no pensó en rogarle que explicara su idea. La suya era ésta: "¡Pero qué hermosa estás! ¿Has hecho alguna picardía en el tiempo que ha pasado sin que nos veamos?"

—¿Picardías yo?... extrañando mucho la pregunta.

—Quiero decir, después que volviste con tu marido, ¿no has tenido por ahí algún devaneo...?

—¡Yo!—exclamó ella con el acento de la dignidad ofendida;—¡pero estás loco! Yo no tengo devaneos más que contigo... ¿Y esto es devaneo? ¡A saber!

—Claro... Dí una cosa.

Juan miró á su reloj.

"¿De cuánto tiempo puedes disponer?

—De todo el que tú quieras.

Santa Cruz la miró, asombrado de tanta resolución.

"Podrías tener un disgusto en tu casa.

—Es verdad... pero ¿y qué?

Y en el acto se acordó de las amonestaciones de Feijóo. Claro; no había necesidad de descomponerse, ni de faltar á la religión de las apariencias.

"Pues dispongo de una hora.

—¿Y mañana?

—¿Nos verémos mañana? No me engañes, pero no me engañes—dijo ella suplicante.—Estoy acostumbrada á tus papas...

—No, ahora no... ¿Me quieres?

—¡Qué pregunta!... Bien lo sabes tú, y por eso abusas. Yo soy muy tonta contigo; pero no

lo puedo remediar. Aunque me pegarás, te querría siempre. ¡Qué burrada! Pero Dios me ha hecho así, ¿qué culpa tengo?

Tanta ingenuidad no era nueva para el descreído Delfín, y era una de las cosas que más le encantaban ella. Tiempo hacía que él notaba cierta sequedad en su alma, y ansiaba refrescarla en la frescura de aquel afecto primitivo y salvaje, pura esencia del pueblo rudo.

"¿Me engañarás otra vez, [illegible]?" clavándole á su vez los dedos en [illegible] y apretando tanto que le dolió.

—No claves tanto, hija, no claves. Y ahora gocemos del momento presente, sin pensar en lo que se hará ó no se hará después. Eso depende de las circunstancias.

—¡Ah! esas señoras circunstancias son las que me cargan á mí. Y yo digo: "¿Pero, Señor, para qué hay en el mundo circunstancias?„ No debe haber en el mundo más que *quererse* y á vivir.

—Tienes razon [illegible] abrazándola con nervioso frenesí y dándole la mar de besos. *Quererse* y á vivir. Eres el corazón más grande que existe. No te cabe en el cuerpo.

Fortunata se acordó de su amigo y maestro Feijóo. El corazón grande era un mal y había que recortarlo.

"Reconozco—prosiguió el Delfín,—que vales mucho más que yo, como corazón; pero mucho más. Soy al lado tuyo muy poca cosa, *nena negra*. No sé que tienes en esos condenados ojos. Parece que te andan dentro de ellos todas las auroras de la gloria celestial y todas las llamas del infierno... Quiéreme, quiéreme, aunque yo no me lo merezco.

—¡Me muero por tí!—exclamó ella tirándole suavemente de las barbas. "Si no me quieres, te irás al Infierno, para que lo sepas, te irás conmigo... te llevaré yo, arrastrándote por estas barbas.

Risas. "¡Qué felíz soy, pero qué felíz soy hoy, Dios mío!—exclamó Fortunata, con semblante y ojos iluminados.—No me cambiaría por todos los ángeles y serafines que están brincando delante de su Divina Majestad en el Cielo; no me cambiaría, no me cambiaría.

—Ni yo... hace tiempo que yo necesitaba una expansión así. Estaba más triste, y deciame yo: á mí me falta algo; ¿pero qué es lo que me falta á mí?

—Yo también estaba triste, y bien me sabía por qué, por no verte. Pero el corazón me lo está diciendo hace tiempo: "Te volverás, tú volverás... Y si una no volviera, ¿para qué es vivir? Vivir para que llegue un día así; lo demás es estarse muriendo siempre.

—Es tarde, y no quiero que te comprometas. Precaución, chica. No hagamos tonterías.

Fortunata, volviendo á acordarse de Feijóo, repitió: "No hay necesidad de hacer tonterías."

"Quedamos en que...

—Mañana, á la hora que te venga mejor.

—Cochero, vuelva usted.

—Déjame á la entrada de la calle de Valencia.

—Donde tú quieras.

—Y pasado mañana también—dijo después de una pausa y con ansiedad Fortunata.

—También. Y al otro, y al otro.

—Y siempre.

Miraba ella al porvenir, y su radiante felicidad se nublaba con la idea de que los días venideros desmintieran aquel en que estaba.

"Porque ahora no serás tan malito como antes. ¿Verdad, pillín mío?... ¿no serás, no, verdad, rico mío?

—Que no, que no. Vas á ver.

—Júramelo... ¡Ah! ¡qué tonta! ¡como si los juramentos valieran! En fin, que ahora tomaré mis precauciones... Si mi idea se cumple...

—¿Y cuál es tu idea? ¿qué idea es esa?

—No te lo quiero decir... Es una idea mía: si te la dijera, te parecería una barbaridad. No lo entenderías. Pero es idea mía, una idea... ¿Pero qué te crees tú, que yo no tengo también mi talento?

—Lo que tú tienes, *nena negra*, es toda la sal de Dios—dijo él, besándola con amor.

—Pues eso... junto con la sal está la idea... Si mi idea se cumple... No te quiero decir más.

—Mañana me lo dirás.

—No, mañana tampoco... El año que viene.

—*Ya llegó el instante fiero...*

—*Silvia de la despedida.* Déjame aquí. Adios, hijo de mi vida. Acuérdate de mí. ¡Que no fueran los minutos horas! ¡Que no fueran la tarde y la noche un segundo!... Adios... me muero por ti.

—Pero no muerdas.

—Que no faltes.

—Y no te olvides del número.

—¿Qué me he de olvidar, hombre? Primero me olvidaré de mi nombre.

—A la una en punto. Adios, negra salada.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

FIN DE LA PARTE TERCERA

Madrid.—Diciembre de 1886.

M.C.D.2020

M.C.D.2020